Escritos Epistolares

David Hume

Edición de Carlos Mellizo

Lectulandia

Muchas son las cartas de Hume que contienen breves ensayos acerca de la variadísima gama de asuntos que ocuparon su atención. Son textos que ofrecen puntos importantes de doctrina o rasgos biográficos reveladores. Esta selección, traducida y comentada por Carlos Mellizo, estudioso de Hume y autor de numerosos trabajos sobre su obra, nos presenta a un Hume de profundo sentido moral, agudo ingenio, curiosidad universal y un cierto grado de inseguridad y timidez, entremezcladas con la vanidad y satisfacción explicables en un escritor de éxito. Como Apéndice a la antología se han incluido amplios resúmenes de la correspondencia mantenida por el filósofo con Rousseau y Mme. de Boufflers, los dos grandes personajes que tuvieron muy especial importancia en su vida y a quienes Hume estuvo ligado en intensa y apasionada relación.

David Hume

Escritos epistolares

ePub r1.0
Titivillus 24.06.2023

Título original: *Hume: Escritos epistolares*
David Hume, 1998
Traducción: Carlos Mellizo
Editor: Carlos Mellizo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

David Hume. Retrato por Allan Ramsey, 1766 (The Scottish National Portrait Gallery).

INTRODUCCIÓN

Muchas son las cartas de Hume que contienen breves ensayos acerca de la variadísima gama de asuntos que ocuparon la atención del filósofo en diferentes momentos de su vida. Esos textos son de interés especial para el estudioso de Hume y contienen a veces puntos importantes de doctrina o rasgos biográficos reveladores; en otras ocasiones se limitan a ofrecer una visión divertida de las cosas o una curiosa observación sobre tal o cual costumbre o suceso; y siempre son prueba de las virtudes literarias de su autor, tan aficionado al género epistolar. El Hume que se manifiesta en esas páginas es el irreverente «bon David» de profundo sentido moral, agudo ingenio, curiosidad universal y cierta timidez provinciana entremezclada con la vanidad y satisfacción propias de un escritor de éxito: aspectos de su personalidad que quizá no sean suficientemente conocidos de muchos lectores suyos.

La colección de cartas editada por Greig en 1932 (*The Letters of David Hume*, 2 vols. Oxford University Press, 1932) y completada más tarde por R. Kiblansky y E. C. Mossner (*New Letters of David Hume*, Oxford, Clarendon Press, 1954), me ha servido para componer esta pequeña antología. Doy como *Apéndices*, por considerarlos capítulos aparte dentro del epistolario humeano, resúmenes de la correspondencia mantenida separadamente por Hume con dos personajes que tuvieron muy especial importancia en su vida: Rousseau y Mme. de Boufflers. Con ellos mantuvo el filósofo intensa y apasionada relación, como espero que quede reflejado en los textos ofrecidos al final del volumen.

El título que he puesto entre corchetes a cada una de las selecciones de la primera parte del libro quiere expresar el que, a mi juicio, es su tema central. Notas biográficas acerca de los personajes menores a quienes varias de estas cartas van dirigidas pueden encontrarse en Greig. He preferido no ponerlas aquí o hacer sólo una mínima referencia a ellas, para no cargar el trabajo con apuntes que poco o nada añadirían a la sustancia de los textos. El objetivo principal de esta antología es presentar una manejable colección de

pensamientos epistolares humeanos. *Apéndices* aparte, más nos importa en esta ocasión la palabra de Hume que la identidad de sus corresponsales, aunque hay entre éstos algunos a quienes no cabe ignorar por completo.

«La enfermedad de los doctos», pieza cuya traducción publiqué en el número de la *Revista de Occidente* correspondiente al mes de septiembre de 1993, nos presenta a un Hume todavía virtualmente desconocido que, a los veintidós años de edad, se ve víctima de una grave limitación y se dirige de forma anónima a un médico de fama. El joven filósofo se disculpa por emplear tan extraño procedimiento de buscar consejo: mediante una epístola que —debemos suponer— habría de ser entregada al médico en cuestión por un recadero, el cual también tendría el encargo de transmitirle a Hume la respuesta a las preguntas finales que en la carta se formulan. Parece hoy indiscutible que el médico a quien Hume está dirigiéndose es John Arbuthnot (1667-1735), único individuo capaz de reunir las características que se le atribuyen en la epístola. Hombre de ciencia y hombre de letras, favorito, según el juicio de Swift, de la familia real, escocés de nacimiento, creador del famoso personaje «John Bull» —encarnación del tipismo inglés—, ilustrado, considerado por Samuel Johnson como persona de «talento universal» y excelente médico, el Dr. Arbuthnot fue, sin duda, figura estelar en la Europa de su tiempo, y a él se dirigió Hume a su paso por Londres, de camino hacia aquel Bristol en el que el atribulado filósofo esperaba encontrar temporal remedio para sus males.

¿Cuáles fueron éstos? Tras confiarle al destinatario de la carta sus ambiciones filosófico-literarias y su irrenunciable vocación de hombre de estudio, menciona Hume unos cuantos achaques del cuerpo, en su gran mayoría de origen nervioso: aerofagia, salivación excesiva, palpitaciones, repentina obesidad. Al parecer, Hume había consultado esto con otro médico, el cual, entre bromas y veras, le había dicho al joven pensador que éste padecía «la enfermedad de los doctos». Es probable que Hume supiera desde el principio que aquél era el diagnóstico acertado y que las manifestaciones somáticas de su mal habrían de acompañarlo durante el resto de su vida.

Esta consulta al Dr. Arbuthnot pone su mayor énfasis en los efectos que las alteraciones nerviosas del paciente, de suyo menores, podrían tener en su labor como reformador de la filosofía «heredada de la Antigüedad». En un párrafo especialmente patético y sincero, Hume abre su corazón a la persona que, a su juicio, es la única capaz de ayudarlo. Reconociendo la enorme dificultad que para él supone el exponer con precisión y elegancia el resultado de sus pesquisas filosóficas, se lamenta recordando sus peores momentos

depresivos. Y pronto averiguamos que la «enfermedad» de la mente por la que se ve tan torturado es el temor a carecer de la suficiente capacidad, concentración y constancia para comunicar al mundo sus descubrimientos con la nitidez y belleza deseables.

¿Envió de hecho Hume la carta-consulta a su destinatario? ¿Recibió adecuada contestación del Dr. Arbuthnot o de cualquier otra persona designada por éste? No hay evidencia de que tal cosa ocurriese. Sólo existe hoy la carta, cuidadosamente caligrafiada, sin otros indicios que ayuden a averiguar si Hume llegó a desprenderse de ella. Mossner[1] juzga, con buen sentido, que, de haber sido enviada, lo más probable es que Arbuthnot, dada su merecida reputación de hombre humanitario y generoso, hubiese respondido al ruego no poco dramático del joven autor. Cabe también la posibilidad de que el famoso médico estuviese ya por aquellas fechas afectado por la enfermedad que habría de llevárselo de este mundo (murió en febrero de 1735, sólo meses después de haber sido redactada la misiva), y se viera incapacitado para atender consultas de ningún tipo. Lo más probable, sin embargo, es lo que el propio Mossner sugiere, al estar en mayor conformidad con el modo de ser de Hume. Su poca inclinación a hacer confidencias personales y a solicitar consejos privados, quizá lo llevara a no hacer uso de la carta, una vez que la tuvo terminada. Además, dice Mossner, «el hecho de poner por escrito sus síntomas pudo muy bien haber provocado una catarsis psicológica», con lo cual buena parte del problema ya habría encontrado siquiera relativa solución. A esto añadiría yo algo más: que, muy probablemente, meditando sobre la raíz misma de sus inquietudes, Hume llegara a darse cuenta de que su desazón interior y sus dificultades de estudioso eran, como en todo mortal empleado en semejantes menesteres, de condición incurable; y que sólo el hábito de convivir con ellas llegaría a hacerlas medianamente tolerables, sin que desapareciese por ello la necesidad constante de combatirlas.

De las preguntas con que se cierra la epístola, las dos últimas son las de mayor sustancia: «¿Será mi recuperación perfecta y recobrarán mis ánimos su anterior fuerza y vigor hasta el punto de soportar la fatiga que va aneja al pensamiento profundo y abstruso? ¿He tomado el buen camino hacia una recuperación?». La respuesta a la primera, vistas las cosas desde nuestro presente, habría de ser afirmativa, lo cual no quiere decir que Hume juzgase en su interior del mismo modo que nosotros. En cuanto a la segunda, es el propio autor el que pronto habría de salir de dudas. Si su traslado a Bristol con el propósito de hacerse comerciante se le presentó en un principio como

el mejor modo de acumular fuerzas, lo cierto es que, a poco de meterse en faena, supo Hume que aquella profesión le resultaba insoportable. Fuese, pues, a vivir a Francia, donde, según leemos en su autobiografía, se dedicaría durante tres años consecutivos a la redacción del *Tratado de la Naturaleza Humana*. No es de extrañar, a la vista del estado de ánimo que se traduce en su esquela al Dr. Arbuthnot, que Hume considerase aquella primera obra suya un fracaso absoluto y que dedicase buena parte del resto de su vida al trabajo de corregirla.

Índice claro de esta preocupación humeana es el que nos da la selección epistolar que titulo «El primer libro» y que es complemento a las conocidas y no del todo justas declaraciones de Hume en el breve relato de su vida: «Jamás un empeño literario ha sido tan poco afortunado como lo fue mi *Tratado de la Naturaleza Humana*», dice Hume en *My Own Life*; «nació muerto de la imprenta sin recibir, por lo menos, la distinción de suscitar un murmullo entre los fanáticos». El libro vio la luz a fines de 1738, cuando su autor apenas había cumplido los 27 años. Consciente de la doctrina innovadora contenida en este su primer gran intento, Hume nunca llegó a estar satisfecho con la recepción que se le dispensó al *Tratado*, circunstancia que él achacaría a defectos de exposición y no a razones de sustancia filosófica. Las dudas e inseguridades que quedan reflejadas en la carta al Dr. Arbuthnot habían continuado acompañando al joven filósofo durante su retiro francés en Reims y en Anjou, lugares donde, a partir de 1734 y tras una breve temporada en Bristol, se había dedicado a la composición de la obra. La preocupación de Hume por la opinión que de él pudieran tener sus contemporáneos fue una constante y dolorosa carga que no lo abandonó jamás. Así lo reconoció él mismo en numerosas ocasiones. Suya es la frase: «¿Por qué será que nosotros, los filósofos, no podemos despreciar el mundo con la misma intensidad con que el mundo nos desprecia a nosotros?». Las dos cartas a Henry Home recogidas en el texto dan idea del desencanto y la preocupación de Hume tras la publicación de aquel primer libro suyo con el que tan ardientemente había esperado recibir fama y reconocimiento inmediatos.

La preferencia que Hume dio siempre a las fuerzas vitales sobre los hábitos de la reflexión y el estudio excesivos, fue un trazo definitorio de su personalidad. Irónicamente, pocas veces lograría él mismo *vivir* en la despreocupación y el alegre abandono que nos aconseja. Esa ironía queda reflejada en la «Metamorfosis del Filósofo» que el autor describe humorísticamente a William Mure de Caldwell. «Las buenas obras» y «La

claridad en la expresión» son ejemplos reveladores de dos constantes en el carácter moral y literario de Hume, reconocidas desde siempre por todo aquél que se haya acercado seriamente al estudio de su vida y de su obra. Y «La pederastia en Grecia», «El crecimiento comercial» y «La oratoria de Cicerón» reflejan la curiosidad universal que hizo de nuestro autor una de las mentes mejor informadas de toda una época. De «Año nuevo» no cabría esperar más de lo que es: una deliciosa, aguda y divertida felicitación al amigo ausente, el doctor John Clephane, médico militar a quien Hume conoció estando al servicio del General St. Clair como diplomático y secretario.

La inolvidable experiencia parisina de un Hume ya coronado por la fama no podía faltar en su epistolario. Las cartas que titulo «París» y «Sobre la cortesía» dan prueba de la fascinación humeana ante lo francés, a veces disimulada, y recogen algunas apreciaciones comparativas del filósofo referidas a su tierra de origen y a su país de temporal adopción. En cuanto a «Impropiedad de las preces» y «Los principios de la creencia religiosa», sólo decir que constituyen un mínimo botón de muestra del que fue uno de los asuntos centrales que ocuparon la atención de Hume a lo largo de su vida: el estudio *natural* del fenómeno religioso.

Finalmente, la carta que lleva por título «Un poeta ciego: Thomas Blacklock» sirve para evidenciar la generosa función de mecenazgo a la que Hume se entregó una y otra vez a lo largo de su vida. Blacklock fue sólo uno más entre los muchos hombres de letras que recibieron el apoyo desinteresado del filósofo, en esto llevado por los principios de la más valiosa moral utilitaria. Diez años más joven que Hume, también escocés, hijo de un modesto albañil, Thomas Blacklock perdió la vista a los pocos meses de nacer, como resultado de un ataque de viruela. Su padre, hombre de sensibilidad superior a la que entonces era común entre los de su estado, se preocupó de instruirle con lecturas que pronto despertaron en el chico una pasión poética que lo animaría hasta su muerte. A los doce años ya había compuesto algunos poemas. Con la pérdida de su padre, su salud, siempre precaria, se deterioró aún más. Un Dr. Stevenson vino en su ayuda tomándolo a su cuidado y procurándole una esmerada educación. En Edimburgo lo conoció Hume. Su papel como protector del poeta queda suficientemente evidenciado en el texto. Interés especial tiene el hecho de que Joseph Spence, destinatario de la carta, fuese, además de profesor de literatura en Oxford, ministro eclesiástico. Spence, en un folleto dedicado a comentar la vida, el carácter y los escritos de Blacklock, reconoció la ayuda de Hume en la buena causa de animar y dar a conocer al joven poeta. Sin embargo, en la edición

misma de los poemas de Blacklock dirigida y prologada por él, quedaron suprimidos, por orden del propio Spence, el nombre de Hume y un poema en el que se elogiaba el escepticismo filosófico humeano frente a la intransigencia dogmática. Hume no dejaría de registrar esa poda. Y en carta posterior dirigida a su viejo amigo Joseph Clephane, se referiría al episodio con resignación, dando desenfadada explicación de aquellas supresiones. Dice allí Hume refiriéndose al Reverendo Spence y a su labor de censura: «Juzgó rectamente [Spence] que aquellas buenas acciones mías sólo habían sido *splendida peccata*; y que hasta que no fueran santificadas por la gracia de Dios, no serían de beneficio alguno para alcanzar la salvación» (Greig 1, 116).

C. M.

Escritos epistolares

[1. La enfermedad de los doctos]

[Marzo o abril, 1734. Greig I, 3]

Señor:

Como no está usted familiarizado con esta caligrafía, probablemente mirará usted más abajo buscando la firma: y al no encontrarla, le sorprenderá el que alguien haya utilizado tan extraño método de dirigirse a usted. Debo rogarle ahora, nada más empezar, que lo disculpe; y a fin de persuadirle de que lea lo que sigue con alguna atención, le diré que ello le brindará la oportunidad de hacer una obra benéfica en extremo, lo cual constituye el argumento más poderoso de que puedo servirme

No necesito decirle que soy paisano suyo, escocés; pues aunque no existiera un lazo así, me atrevería a confiar en ese humanitarismo que usted tiene hasta para con personas que le son, como yo, perfectamente desconocidas. El favor que le pido es su consejo; y la razón por la que me dirijo a usted en particular, no es necesario explicarla: como quien pueda darme una contestación satisfactoria ha de ser un buen médico, hombre de letras, de ingenio y de gran humanidad, hubiese yo querido que la diosa Fama me hubiera indicado más personas en las que se reuniesen dichas cualidades, a fin de mantenerme yo en suspenso por algún tiempo. Esto lo digo con toda sinceridad y sin ninguna intención de adular; pues aunque pueda parecer necesario que al comienzo de una carta tan poco corriente yo diga algunas galanterías para predisponer su opinión a mi favor y eliminar cualesquiera prejuicios que usted pudiera albergar contra ella,un tal empeño por resultar ingenioso no se avendría bien con mi presente condición menta l, la cual —debo confesar— no está libre de ansiedad en lo referente al juicio que usted se formará de mí. Confiando, no obstante, en su franqueza y generosidad, procederé sin más preámbulo a manifestarle cuál es la presente condición de mi salud; y para hacerlo de un modo más eficaz, le daré una especie de Historia de mi Vida, tras la cual podrá usted averiguar fácilmente por qué mantengo mi nombre en secreto.

Debe usted saber que, desde mi más tierna infancia, siempre tuve una fuerte inclinación por los libros y las letras. Como nuestra educación universitaria en Escocia, al abarcar poco más que el estudio de lenguas, suele terminar cuando tenemos 14 ó 15 años de edad, se me dejó que a partir de entonces escogiera mis lecturas; y pronto descubrí en mí una igual inclinación hacia los libros de razonamiento y filosofía que hacia los de poesía y los de autores elegantes. Todo el que esté familiarizado con los filósofos o con los críticos, sabe que nada ha quedado establecido definitivamente en ninguna de estas dos ciencias, y que éstas contienen poco más que disputas interminables, incluso en los puntos más básicos. Tras considerar estas cosas, noté que crecía en mí una cierta determinación de ánimo, la cual no estaba dispuesta a someterse a ninguna autoridad en estos asuntos, sino que me llevaba a buscar algún nuevo medio por el que la Verdad pudiese ser establecida. Después de mucho estudio y reflexión sobre esto, y cuando yo tenía unos 18 años, pareció que al fin se abría ante mí un nuevo escenario de pensamiento que me apasionó sin medida y que hizo que, poseído del ardor natural de la juventud, abandonase todo placer u ocupación para dedicarme a él por entero. El Derecho, que era la profesión que se había pensado que yo siguiera, me pareció algo nauseabundo; y no pude pensar en otro modo de abrirme camino en el mundo, que el de hacerlo como hombre de estudio y filósofo. Fui inmensamente feliz con esta manera de vivir durante algunos meses, hasta que finalmente, a comienzos de septiembre de 1729, todo mi ardor pareció consumirse en un instante, y no pude ya mantener mi entusiasmo a la misma altura que antes me había procurado un placer tan extraordinario. Cuando dejaba el libro que tenía entre manos, no sentía ni inquietud ni falta de vigor, y, por lo tanto, no imaginé nunca que hubiera en ello ninguna enfermedad corporal. Pensé, más bien, que mi frialdad procedía de una pereza de ánimo que tenía que ser superada redoblando mi aplicación. En esta situación permanecí por nueve meses, muy incómodo conmigo mismo, como podrá usted imaginar, pero sin que las cosas fuesen a peor, lo cual fue un milagro.

Hubo otro particular que contribuyó, más que cualquier otra circunstancia, a echar a perder mi ilusión y a hacer que este mal cayera sobre mí; ello fue que, habiendo leído muchos libros de moralidad como [los de] Cicerón, Séneca y Plutarco, y habiéndome impresionado con sus hermosas representaciones de la virtud y la filosofía, me propuse mejorar mi temperamento y voluntad, al mismo tiempo que mi razón y entendimiento. Continuamente trataba de fortalecerme a mí mismo con reflexiones que hacían frente a la muerte, a la pobreza, a la desgracia, al dolor y a todas las

calamidades de la vida. Sin duda, estas reflexiones son extraordinariamente útiles cuando van unidas a una vida activa; porque la ocasión, al presentarse entonces junto con la reflexión, hace que ésta entre en el alma y la impresione profundamente. Pero cuando [dichas reflexiones] se dan en soledad, no sirven más propósito que el de agotar los ánimos, ya que el impulso de la mente, al no encontrar resistencia, se pierde en el aire, lo mismo que nuestro brazo cuando no da en el blanco que se había propuesto alcanzar. Sin embargo, esto no llegué a saberlo sino por experiencia y cuando ya había arruinado mi salud, aunque aún no me daba cuenta de ello.

El primer invierno que caí enfermo, algunas manchas de escorbuto me aparecieron en los dedos, acerca de lo cual consulté a un médico muy bien preparado que me dio algunas medicinas que eliminaron estos síntomas, advirtiéndome al mismo tiempo que tuviese cuidado de protegerme contra la melancolía, enfermedad que, aunque ya estaba afectándome en esa época, pensaba yo que se encontraba muy lejos de mí, lo mismo que cualquier otra, excepto un ligero escorbuto. Así, que no hice caso de su advertencia. Por fin, hacia el mes de abril de 1730, cuando contaba 19 años de edad, un síntoma que al principio apenas si se había hecho notar aumentó considerablemente; y aunque no me causaba mayor molestia, su novedad me hizo buscar consejo. Se trataba de lo que llaman tialismo, o secreción excesiva de saliva en la boca. Al mencionárselo a mi médico, se rió de mí y me dijo que era ahora hermano suyo, pues había contraído la Enfermedad de los Doctos. Tuvo gran dificultad en persuadirme de esto, pues yo no encontraba en mí nada de esa depresión de ánimo de la que se lamentan tanto los que sufren de ese mal. Con todo, siguiendo su consejo, me puse bajo un tratamiento de jarabes y de píldoras anti-histéricas. Bebía una pinta inglesa de vino clarete todos los días, y cabalgaba 8 o 10 millas escocesas. Y así continué durante unos siete meses.

Aunque sentía verme afectado por enfermedad tan tediosa, el tener conocimiento de ella me tranquilizaba. Pues me daba ahora cuenta de que aquella frialdad de antes no procedía de ningún defecto de temperamento o de genio, sino de una afección que podía ser padecida por cualquiera. Empecé entonces a ser algo más indulgente conmigo mismo; estudiaba con moderación y sólo cuando notaba que mis ánimos estaban en el punto más alto; dejaba de estudiar antes de llegar al agotamiento, y pasaba el resto de mi tiempo entreteniéndome de la mejor manera posible. De este modo iba viviendo bastante satisfecho; y al volver a la ciudad el invierno siguiente, me encontré mucho más recuperado de ánimos, de tal suerte que, aunque fallaban en los más altos vuelos del genio, me permitían ir haciendo un progreso

considerable en mis proyectos. Desde el principio fui muy regular en mi dieta y en mi estilo de vida. Y todo aquel invierno me impuse como norma cabalgar dos o tres veces por semana y pasear todos los días. Por estas razones esperaba yo que, cuando retornase del campo y pudiese renovar mi ejercicio con menos interrupción, me recuperaría por completo. Pero estuve en esto muy equivocado. Pues al verano siguiente, hacia mayo de 1731, se despertó en mí un voraz apetito y una digestión tan rápida, que al principio consideré que era un buen síntoma, sorprendiéndome mucho al ver que traía consigo una palpitación del corazón que apenas si había notado antes. Este apetito, sin embargo, tuvo un efecto extraordinario, que fue el de nutrirme en demasía. De modo que en un período de seis semanas pasé de un extremo a otro; y siendo antes alto, delgado y huesudo, me convertí de pronto en el tipo más sólido, robusto y de aspecto más saludable que jamás se ha visto, con buen color y expresión alegre. Como excusa para irme a montar a caballo y cuidar de mi salud, yo decía siempre que tenía miedo de caer enfermo de tisis, lo cual había sido de creer, a juzgar por mi aspecto anterior; pero ahora todo el mundo me felicitaba por mi recuperación absoluta. Éste anormal apetito fue disminuyendo gradualmente, pero me dejó como legado la misma palpitación del corazón, en menor grado, y una gran cantidad de aire en el estómago, que expulso con facilidad y sin que deje ese mal olor que suele producirse. Sin embargo, estos achaques no me molestan apenas. Como bien; duermo bien. No siento pesadez, o por lo menos, no es mayor que la que puede experimentar una persona de buena salud que ha comido demasiado o que ha estado sentada demasiado cerca del fuego. E incluso son pocas veces las que la siento en ese grado, y nunca por la mañana ni antes del mediodía. Quienes viven conmigo en la misma familia y me ven constantemente, no observan ninguna alteración en mi humor, y hasta piensan que soy ahora mejor compañía que antes, ya que paso más tiempo con ellos. Esto me dio tales esperanzas, que apenas dejo pasar un día sin montar a caballo, como no sea en el invierno. Y el verano pasado emprendí un ejercicio no poco laborioso, que fue viajar ocho millas cada mañana, y otras tantas al mediodía, yendo y viniendo a unas fuentes de agua mineral de cierta fama. Renové el uso de jarabes y píldoras anti-histéricas dos veces, junto con zumos anti-escorbúticos la primavera pasada; pero sin efectos de consideración, excepto el de reducir los síntomas por un breve lapso de tiempo.

Con esto le he dado a usted un completo informe acerca de la condición de mi cuerpo; y sin detenerme a pedirle excusas, como debiera por haberle contado una historia tan tediosa, le diré cuál fue la condición de mi mente

durante todo este tiempo; pues ambas condiciones están conectadas entre sí en toda ocasión, y muy especialmente en esta enfermedad. Al tener ahora tiempo y ocio para hacer que se fueran enfriando mis imaginaciones más exaltadas, empecé a considerar seriamente cómo debía proceder en mis investigaciones filosóficas. Vi que la filosofía moral heredada de la Antigüedad operaba bajo los mismos inconvenientes que se han encontrado en su filosofía natural, a saber: el ser una disciplina enteramente hipotética y más dependiente de la invención que de la experiencia. Cada uno consultaba con su propia fantasía a la hora de elegir esquemas de virtud y de felicidad, sin tener en consideración la naturaleza humana, de la cual debe depender toda conclusión de tipo moral. Por lo tanto me resolví a hacer de ésta, [de la naturaleza humana], mi principal objeto de estudio y la fuente de la cual yo deduciría toda verdad, tanto en el orden de la filosofía crítica como en el de la moralidad. Creo que es un hecho cierto que la mayoría de los filósofos que nos han precedido han sido víctimas de su propia grandeza de genio, y que poco más se requiere para que un hombre tenga éxito en este estudio, que el deshacerse de todos los prejuicios en lo que respecta a todas sus opiniones y a las de otros. Por lo menos, esto es lo único de lo que yo puedo depender para la verdad de mis razonamientos, los cuales he multiplicado hasta tal punto, que en estos tres años muchos son los cuadernos escritos en los que no se contiene otra cosa que mis propias invenciones. Esto, más la lectura de la mayoría de los libros célebres en latín, francés e inglés, y el aprendizaje del italiano, se juzgaría ya ocupación suficiente para alguien que se encontrara en perfecto estado de salud. Y tal habría sido el caso si todo ello hubiera sido hecho con algún propósito. Pero mi enfermedad era un cruel impedimento para mí. Descubrí que no era capaz de seguir una línea de pensamiento mediante la continuada expansión de una idea, sino por repetidas interrupciones y dando un descanso a mi atención, deteniéndola de cuando en cuando en otros objetos. Mas, a pesar de esta inconveniencia, he conseguido reunir los materiales básicos para muchos volúmenes; pero a la hora de traducir dichos materiales en palabras, cuando uno tiene que traer cerca de sí todo lo que ha logrado abarcar en bruto a fin de contemplar sus partes más minuciosamente, teniéndolo todo ante la vista para ir copiando en orden cada una de estas partes, me di cuenta de que ello me resultaba impracticable y que mi vigor no estaba a la altura requerida para emprender una labor tan exigente. He aquí mi mayor calamidad. Ya no tenía esperanzas de presentar mis opiniones con una elegancia y una claridad que atrajeran sobre mí la atención del mundo; y más preferiría yo vivir y morir en la oscuridad, que sacarlas a la luz mutiladas e imperfectas.

Apenas si he oído hablar alguna vez de un desengaño tan insufrible. La corta distancia que me separa de una salud perfecta hace que me sienta aún más incómodo en la presente situación. Es una debilidad, más que una depresión de ánimo, lo que me aqueja; y parece haber una gran diferencia entre mi enfermedad y la melancolía, igual que también la hay entre la melancolía y la locura.

En los escritos de los místicos franceses y en los de los fanáticos de aquí, he notado que, cuando relatan la historia de la situación de sus almas, mencionan una frialdad y un abandono del espíritu que les visita con frecuencia; y algunos de ellos, al principio, han sido atormentados por esto durante muchos años. Como esta suerte de dedicación depende enteramente de la fuerza de la pasión y, consecuentemente, del impulso animal, a menudo he pensado que su caso y el mío eran bastante paralelos, y que sus extáticas adoraciones puede que descompongan el entramado nervioso y cerebral en la misma medida en que lo hacen las reflexiones profundas y ese calor o entusiasmo que es inseparable de ellas.

Comoquiera que sea, no he salido de la nube tan airosamente como ellos dicen haberlo hecho, sino que más bien empecé a desesperar de recuperarme alguna vez. Para protegerme de caer en un estado de melancolía ante prospecto tan poco prometedor, sólo encontré alguna seguridad en despechadas reflexiones sobre la vanidad del mundo y de toda gloria humana, las cuales [reflexiones], por mucho que sean estimadas como justos sentimientos, he descubierto que jamás pueden ser sinceras excepto en aquellos que están poseídos por ellas. Dándome cuenta de que toda mi filosofía no podrá jamás contentarme en mi presente situación, empecé a estimularme a mí mismo; y animándome con ejemplos de recuperación que se habían dado en casos más graves de esta misma enfermedad, empecé a pensar en algo más eficaz de lo que hasta ahora había intentado. Descubrí que, así como hay dos cosas que son muy malas para esta enfermedad, a saber, el estudio y la ociosidad, así también hay otras dos que son muy buenas: la actividad y la diversión; y que todo mi tiempo se había gastado en las malas, participando muy poco o nada de las buenas. Por esta razón resolví buscar una vida más activa; y aunque sólo con mi último suspiro podría yo abandonar mis pretensiones en el campo del saber, decidí dejarlas de lado por algún tiempo, para volver a ellas de un modo más eficaz.

Tras examinar las posibilidades, vi que mi elección estaba limitada a dos tipos de vida: la vida de un tutor viajero, o la de un comerciante. Me di cuenta de que la primera, además de ser en ciertos aspectos una vida ociosa, no iba

conmigo; y ello, porque debido a mi sedentaria y retirada manera de vivir, a mi temperamento retraído y a una escasa fortuna, tenía poca costumbre de estar en compañía de la gente en general, y carecía de confianza y conocimiento del mundo suficientes para hacer carrera o rendir servicio de ese modo. Por lo tanto, decidí escoger la profesión de comerciante. Y habiendo obtenido recomendaciones para un importante mercader de Bristol, estoy ahora dirigiéndome rápidamente a ese lugar, con la resolución de olvidarme de mí mismo y de todo lo que es ya cosa pasada, a fin de zambullirme lo más que pueda en ese curso de vida, y recorrer el mundo de un polo a otro hasta que deje atrás esa enfermedad.

Como he venido a Londres de camino para Bristol, he querido, de ser ello posible, obtener su consejo de usted, si bien he tenido que adoptar este absurdo método de procurarlo. Todos los médicos que he consultado, aun siendo muy capaces, no han podido nunca entrar en lo que es mi enfermedad; pues al no ser personas de grandes conocimientos además de los de su profesión, no estaban familiarizados con estas mociones de la mente. La fama de usted lo señala como la persona más apropiada para resolver mis dudas, y me decidí a obtener una opinión en la que poder apoyarme en lo tocante a todas las variedades de miedos y esperanzas que acompañan a enfermedad tan enfadosa. Espero haber sido lo suficientemente detallado al describir los síntomas, como para permitirle a usted formarse un juicio. Pero ya sabe usted que es un síntoma de esta enfermedad el quejarse y hablar constantemente de ella.

Las preguntas que humildemente le haría a usted son éstas: Entre todos los hombres de estudio que usted ha tratado, ¿ha conocido a alguno afectado de esta manera? ¿Puedo esperar recuperarme alguna vez? ¿Tendré que esperar mucho antes de conseguirlo? ¿Será mi recuperación perfecta, y recobrarán mis ánimos su anterior fuerza y vigor hasta el punto de soportar la fatiga que va aneja al pensamiento profundo y abstruso? ¿He tomado el buen camino hacia una recuperación? Creo que todas las medicinas apropiadas han sido utilizadas, y por lo tanto no necesito mencionar nada acerca de ellas.

[2. El primer libro]

[A Henry Home]
Londres, 13 de febrero, 1739 [Kiblansky & Mossner, 2]

Señor:

Pensaba haber escrito esta carta desde un lugar más próximo a usted que Londres, pero me he visto aquí detenido por vientos contrarios que han impedido que zarparan todos los barcos con destino a Berwick. Hace ya dos semanas que se publicó mi libro [*Tratado de la Naturaleza Humana*]; y aparte otras muchas consideraciones, pensé que contribuiría mucho a mi tranquilidad y me evitaría muchas mortificaciones el que yo estuviese en el campo mientras el éxito de la obra permaneciera indeciso. Siento decirle que así continuará por mucho tiempo. Quienes están habituados a reflexionar sobre estos asuntos abstractos están, por lo común, llenos de prejuicios; y quienes están libres de prejuicios no están familiarizados con los razonamientos metafísicos. Además, mis principios están tan lejos de los sentimientos que se suelen tener acerca de este asunto, que, caso de ser establecidos, producirían una casi total alteración en la filosofía; y usted bien sabe que revoluciones de este tipo no se logran fácilmente. Soy lo suficientemente joven para ver lo que será de la cuestión; pero me temo que la principal recompensa que obtendré por algún tiempo será el placer de estudiar acerca de asuntos tan importantes y la aprobación de algunos jueces.

Puede usted creer que, entre la de otros, aspiro a obtener su aprobación; y después, su libre censura y su crítica.

Le obsequiaré con un ejemplar tan pronto como llegue a Escocia, y espero que su curiosidad, así como nuestra amistad, le lleve a tomarse el esfuerzo de hojearlo.

Repasando sus cartas, veo una fechada hace doce meses, en la que expresa usted su deseo de que le envíe a Escocia un buen número de ejemplares. Sin duda el propósito de usted era tomarse el esfuerzo de recomendar el libro y pro-mocionar su venta. Pero la verdad es que hay tan poco que ganar con obras de este tipo, que yo preferiría que no se tomase usted esa molestia. Si conoce usted a alguien que verdaderamente pueda juzgar, me agradaría

sobremanera el que usted animara a esa persona a leer seriamente el libro. Es tan raro encontrar a alguien que se tome el esfuerzo de estudiar un libro que no tenga la recomendación de haber sido escrito por algún gran nombre o autoridad, que —debo confesarle— igual me satisface conocer a una persona así, que el estar seguro de recibir su aprobación. Sin embargo, dudo tanto que eso ocurra, que he hecho todo lo posible por ocultar mi nombre, aunque creo que no he tenido en ello toda la cautela deseable[…].

Excusará usted la debilidad natural de un autor que escribe una carta tan larga no hablando nada más que de su propia obra. Los autores tienen ese privilegio, junto con los enamorados; y por la misma razón: ambos están embriagados por una ciega devoción a su objeto. He querido guardarme contra esta debilidad, pero quizá ello sólo haya contribuido a incrementar mi prejuicio [en favor de mi obra]. La reflexión sobre nuestra propia cautela tiende a darnos después una mayor confianza cuando nos formamos un juicio[…].

[A Henry Home]
Ninewells, 4 de junio, 1739 [Kiblansky-Mossner, 3]

Estimado señor:

Ya ve usted que he cumplido de sobra mi palabra enviándole dos trabajos en vez de uno. Tengo ideas para dos o tres más, que iré escribiendo cuando esté en disposición de hacerlo. Ahora no estoy de humor para composiciones de ese tipo, pues he recibido noticias de Londres acerca de la recepción que va teniendo mi filosofía, recepción que no pasa de ser indiferente, a juzgar por la venta de libros si he de creer lo que dice mi librero. Estoy ahora malhumorado conmigo mismo; pero no dudo que, en poco tiempo, estaré sólo malhumorado con el mundo, como les sucede a otros autores fracasados. Después de todo, me doy cuenta de que es estúpido por mi parte sentir descontento alguno y, mucho menos, desesperación por este motivo; pues no podría haber esperado un mejor resultado de un razonamiento tan abstracto, ni, de hecho, me las prometía yo mucho más felices. Mi encariñamiento con lo que yo imaginaba que eran descubrimientos nuevos hizo que pasara por alto todas las comunes reglas de prudencia; y habiendo disfrutado de la satisfacción que suele acompañar a los que proyectan para el futuro, sólo es justo que también me encuentre con sus desengaños. Sin embargo, como se observa en ese tipo de personas, generalmente un proyecto sucede a otro, y no dudo que en un día o dos estaré tan dispuesto como siempre, con esperanzas

de que la Verdad prevalezca sobre la indiferencia y la oposición del mundo[…].

[3. Metamorfosis del filósofo]

[A William Mure de Caldwell]
[Ninewells][1] 10 de septiembre [1743] [Greig I, 22]

Corté una pluma, la mojé en tinta y adopté la postura de escribir, sin haber pensado antes en un tema ni haber preparado un solo pensamiento con el que poder entretenerle a usted. Puse mi confianza en mi hado bueno, pidiéndole que me ayudase en un caso de tan urgente necesidad. Pero habiéndome rascado tres veces la cabeza y mordido las uñas otras tres, nada se me vino a la mientes y arrojé la pluma con indignación, al tiempo que decía:

—¡Oh, tú, instrumento de aburrimiento! ¿Me abandonas cuando más te necesito y demuestras ser tan falsa amiga? ¿Tienes una repugnancia secreta a expresar mi amistad para con el leal Mure, que te conoce demasiado bien como para fiarse de tus caprichos y que jamás te toma en sus manos sin disgusto? Sin embargo, yo, pobre de mí, he puesto en ti mi mayor confianza; y renunciando a la espada, a la toga, a la casaca y a la *toilette*, me he entregado sólo a ti con la esperanza de lograr fortuna y fama. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! Vuelve al ganso de donde viniste. Con él servías para algo cuando lo propulsabas por las regiones etéreas. ¿Por qué, entonces, arrancada de su ala y puesta en mi mano, no reconoces que entre ésta y tu lugar de origen hay una cierta semejanza, y no me haces a mí el mismo servicio prestando ayuda a los vuelos de mi pesada imaginación?

Así acusada, la pluma se puso a sí misma en pie, se colocó entre mis dedos índice y pulgar, y se movió sobre el papel a fin de informarle a usted de lo que pasaba[…].

Para no seguir diciendo más tonterías (gracias a las cuales, sin embargo, me alegra haber podido llenar una hoja de papel): llegué aquí hace unas tres semanas; tengo buena salud y estoy profundamente sumergido en libros y estudio. Dígale a su hermana (después de saludarla de mi parte) que soy tan serio como ella imagina que un filósofo debería ser: sólo me río una vez cada quince días; suspiro tiernamente una vez por semana, pero tengo aspecto malhumorado en todo momento. En breve: ninguna de las metamorfosis de Ovidio mostró jamás un cambio tan absoluto: pasar de ser una criatura

humana a ser una bestia; quiero decir, pasar de ser un galanteador a ser un filósofo[…].

[4. A las buenas obras]

[A John Clephane]
Ninewells, cerca de Berwick, 18 de abril, 1750 [Greig I, 66]

Querido Doctor:

He recibido muchísimas expresiones de gracias de un hombre honesto que me dice que él y toda su familia están en gran deuda conmigo. Este hombre es el jardinero de mi hermano, el cual me enseñó una carta de su hijo en la que éste reconoce que debe su vida a los cuidados de usted; que usted le puso en un hospital y le atendió con igual esmero que si fuese el noble más distinguido del país; que jamás tendrá lo suficiente para pagarle a usted y que, por tanto, debe contentarse con expresarle su agradecimiento, encargándole a su padre que me dé a mí las gracias por haber sido recomendado a usted a través de mí.

Recibí tales gracias con la mayor gravedad y le respondí diciendo que uno debe intentar hacer siempre el bien cuando está de su mano. En breve: tomé el lugar de usted y me di los mismos aires que me corresponderían si realmente tuviera yo una disposición tan benevolente como la suya. Creo que cuenta usted en su haber con obras buenas de sobra, y que posee un mayor acopio de méritos y de actos de caridad que cualquier iglesia pagana, mahometana o católica poseyó jamás. Robarle a usted un poquito no fue, pues, un gran crimen por mi parte […]. Espero, querido doctor, que se considere usted pagado por el mero hecho de practicar la virtud, lo cual me parece justo, considerando que es la única recompensa que cabe encontrar en este mundo[…].

[5. La claridad en la expresión]

[A John Home]
St. Andrews Aquare, 20 de septiembre, 1775 [Greig II, 508]

Querido John:

De todos los vicios del lenguaje, el menos excusable es la falta de claridad; pues como las palabras fueron instituidas por los hombres para que éstos se comunicaran entre sí sus ideas, emplear palabras sin significado es una abuso palpable que se aparta de lo que precisamente fue el propósito y la intención del lenguaje. Ha de observarse también que toda ambigüedad en la expresión es casi lo mismo que una absoluta falta de significado. Y así es, ciertamente; pues mientras el que oye o lee es confundido entre los diferentes significados [de un palabra], no podrá asignarle ninguna idea determinada al que habla o escribe. Y le estará permitido, según esto, decir con Ovidio: «Inopem me copia fecit» [«La abundancia me hizo pobre»]. Por esta razón, todos los retóricos y gramáticos eminentes, tanto antiguos como modernos, han insistido en la claridad del lenguaje como cualidad esencial sin la cual todos los ornamentos de dicción son vanos y estériles. Quintiliano llega al extremo de condenar la expresión *vidi hominem librum legentem* porque —dice él— *legentem* concuerda con *librum* y con *hominem*, si bien uno se vería inclinado a pensar que, en esta ocasión, el sentido bastaría para eliminar toda ambigüedad. De acuerdo con este modo de pensar [de Quintiliano], Vaugelas, el primer gran gramático de Francia, no permite que nadie recurra al sentido [de una frase] para explicar el significado de las palabras. Esta práctica sería invertir el orden de la naturaleza, igual que aquella costumbre de los romanos (y, podía haber añadido, también de los griegos) que consistía en hacer amos de los esclavos en las fiestas de *saturnalia*; pues por Luciano sabemos que los griegos practicaban la misma diversión durante el festival de Saturno, a quien ellos llamaban Cronos […].

[6. La pederastia en Grecia]

[A Gilbert Elliot de Minto]
Ninewells, cerca de Berwick, 18 de febrero, 1751 [Greig I, 71]

[…] El origen que asigno a la pederastia como algo derivado de los ejercicios gimnásticos entre los griegos se funda en lo siguiente:

1. El claro testimonio de Cicerón, aunque no puedo señalar ahora el pasaje.

2. Podemos observar que en ese completo, natural y abierto retrato de costumbres antiguas que es trazado por Homero en su dos Poemas [La *Ilíada* y la *Odisea*], no hay la menor traza de ese vicio. La amistad entre Aquiles y Patroclo fue pura. Ambos eran hombres de edad mediana, y Patroclo era el mayor de los dos. Además, Homero se cuida de acostarlos separados y de poner una mujer joven en sus brazos. Los griegos más antiguos estaban, por tanto, libres de esta corrupción. Tucídides dice que la introducción de ejercicios gimnásticos fue tardía. Los primeros antiguos siempre tenían cubierta una parte del cuerpo cuando hacían sus ejercicios.

3. Platón dice, a modo de reproche dirigido contra los bárbaros y los griegos asiáticos, que ignoraban la pederastia y los ejercicios gimnásticos. Habla de ambas cosas como si estuvieran relacionadas.

Los griegos parece que fueron comedidos en su uso de mujeres. Tener comercio carnal con una esclava era reprochable. Incluso amancebarse o tener trato con una cortesana era en cierto modo escandaloso y se castigaba haciendo a un hombre incapaz de tener acceso a todo puesto público; por lo menos, no se le permitía hablar al pueblo. Esto se ve en un discurso de Demóstenes contra Androte. Sin embargo, concedo que esto no se reconcilia con muchos pasajes de la Antigüedad […]. Encuentro que Alcibíades fue muy reprochado por Isócrates debido a su trato con mujeres, nunca por ejercer la pederastia.

Últimamente he estado entreteniéndome con un Ensayo o Disertación sobre la población de la Antigüedad, lo cual me llevó a muchas disquisiciones acerca de la vida pública y doméstica de los antiguos. Desde que emprendí este proyecto, he leído a casi todos los clásicos griegos y latinos, y he

entresacado lo que mejor servía para mi propósito. Pero no tengo la obra de Estrabón y no sé cómo conseguirla en este vecindario. Es autor que no he leído nunca. Sé que la biblioteca de usted (quiero decir la biblioteca de Abogados[2]) es escrupulosa a la hora de prestar libros; pero quizá esa dificultad pueda vencerse. Le estaría a usted muy agradecido si pudiese conseguirme el préstamo de un ejemplar, ya sea en lengua original o incluso en una buena traducción[…]

[7. Año Nuevo]

[A John Clephane]
Edimburgo, 5 de enero, 1753 [Greig I, 79]

Querido Doctor:

No necesito informarle que, en ciertos países educados, prevalece la costumbre de escribir *lettres de la nouvelle année* [*cartas de año nuevo*], y que son muchas las ventajas que se derivan de esa práctica, la cual podría en un principio parecer meramente ceremoniosa y formal: se mantiene el contacto, se reaviva la amistad, se extinguen las desavenencias, se piden disculpas por la negligencia y se reanuda la correspondencia. Un hombre que haya tenido conciencia de sus culpas por tanto tiempo que no sabe ya cómo volver al camino de salvación, borra todas sus ofensas pasadas y obtiene indulgencia plenaria aprovechándose de este gran jubileo. Y no faltan ejemplos de pecadores reconocidos que se han convertido después en grandes santos, e incluso han acumulado muchas obras por encima de las necesarias para su salvación. Por tanto, permítame, querido Doctor, en consideración a mi penitencia presente, y con la esperanza de mi enmienda futura, dirigirme a usted y desearle muchos y felices años nuevos, *multos et felices*. Que los placeres espirituales (*spirituels*) se multipliquen en usted sin menoscabo de los carnales; que crezcan sus riquezas sin que aumenten sus deseos; que su carro de batalla siga rodando sin que fallen sus extremidades; que su lengua adquiera con el tiempo la *dulce locuacidad* de la edad provecta, sin que sus dientes pierdan el filo y la agudeza de la juventud; que… Pero usted mismo será el más indicado para añadir aquí la última petición, ya vaya ésta dirigida a recobrar, o a continuar disfrutando los bienes que he señalado. En cualquiera de los dos casos, que su ruego le sea concedido, incluso si llegara usted al extremo de pedir la resurrección de los muertos.

Debo yo ahora dar ejemplo y hablar de mí mismo. Con ello quiero decir que también tendrá usted que hablarme de usted mismo. […] Hará unos siete meses adquirí casa propia y formé una familia regular compuesta de un cabeza de familia, es decir, yo, y dos miembros subordinados: una sirvienta y un gato. Desde entonces se me ha unido mi hermana y me hace compañía.

Viviendo con frugalidad, descubro que puedo disfrutar de limpieza, calor, luz, abundancia y contento. ¿Qué más se podría pedir? ¿Independencia? La tengo en grado sumo. ¿Honor? No me falta del todo. ¿Gracia? Vendrá con el tiempo. ¿Una esposa? Ése no es uno de los requisitos indispensables de la vida. ¿Libros? Ese *sí* que es uno de ellos, y tengo más de los que puedo usar. En breve: no puedo pensar en ninguna bendición de cierta importancia, de la que, en mayor o menor grado, no me encuentre en posesión. Y sin tener que hacer un gran esfuerzo filosófico, me siento a gusto y satisfecho.

Como no hay felicidad sin ocupación, he empezado un trabajo que me llevará varios años y que me produce mucha satisfacción. Es una Historia de la Gran Bretaña desde la unión de las Coronas hasta el tiempo presente. Ya he concluido con el reinado de Jacobo I. Mis amigos me lisonjean (con esto quiero decir que no se trata de mera adulación) diciéndome que he logrado mi propósito. Usted sabe que no hay en el Parnaso inglés puesto de honor más vacante que el de la Historia. Estilo, juicio, imparcialidad, cuidado: todo eso falta en nuestros historiadores[…].

[8. El crecimiento comercial]

[A Henry Home, Lord Kames]
Edimburgo, 4 de marzo, 1758 [Greig I, 144]

Muy señor mío:

Le estoy muy agradecido por permitirme leer los trabajos de Mr. Tucker[3]. En todo lo que ha llegado a mis manos producido por este caballero, puedo percibir un profundo conocimiento de la teoría del comercio, junto con una larga experiencia en la práctica del mismo. Y confieso haber recibido placer e instrucción leyéndole. Los trabajos que su Señoría se ha complacido en enviarme no desmienten lo dicho. Todas las ventajas en las que el autor insiste como pertenecientes a una nación con amplio comercio son indudablemente verdaderas: gran capital, extenso intercambio, hábiles recursos para facilitar el trabajo, destreza, laboriosidad, etcétera. Estas circunstancias dan a estas naciones una indiscutible superioridad sobre las naciones pobres que son ignorantes y faltas de experiencia. La cuestión es la de si estas ventajas pueden seguir de una manera continua aumentando el comercio *in infinitum*, o si, por el contrario, no llegan en último término a un *non plus ultra* y se obstaculizan a sí mismas produciendo desventajas que primero retardan y finalmente detienen su progreso. Entre esas desventajas podemos contar la del alto precio de los productos y de la mano de obra, lo cual permite al país más pobre hacerles la competencia, primero con las manufacturas más bastas y corrientes, y luego con las más elaboradas. Si no fuera así, el comercio, de no ser disipado por conquistas violentas, continuaría creciendo perpetuamente, y un pequeño lugar del Globo engrosaría el arte y la industria del todo. Me agrada ver que este autor insiste en las ventajas de Inglaterra y pronostica, basándose en ellas, la continuación de la opulencia de ese país, y hasta un mayor progreso. Pero todavía me permito albergar esperanzas de que nosotros poseemos en Escocia algunas ventajas que pueden capacitarnos para participar con los ingleses en lo tocante a riqueza e industria. Es verdad que un tipo de industria más simple debería intentarse primero en un país como el nuestro [Escocia], Las artes más sofisticadas florecerán mejor en la capital; aquellas que les sigan en valor, en las

provincias más opulentas; las más rudimentarias, en las regiones más apartadas. El transporte de provisiones a la capital implica un impuesto sobre ellas; y muchísimas son de tal naturaleza, que no permiten ser trasladadas. Ello es, por tanto, un gran incentivo para establecerse en las regiones donde son producidas; y aunque una región rica pueda mantener, debido a sus otras ventajas, su superioridad respecto a otra más pobre, […] no podrá aniquilarla u oprimirla totalmente.

El autor, de acuerdo con su condición de teólogo además de filósofo, desarrolla un argumento partiendo de la bondad de la Providencia; pero creo que puede rebatírsele. Es seguro que jamás fue intención de la Providencia el que una nación fuese monopolizadora de riqueza. El hecho es que el crecimiento de todos los cuerpos, tanto artificiales como naturales, es detenido por causas internas que se derivan de su enorme tamaño y grandeza. Grandes imperios, grandes ciudades, gran comercio: todos ellos experimentan una gran detención, no por causa de acontecimientos accidentales, sino en virtud de principios necesarios.

Hay en estos trabajos [de Mr Tucker] una sugerencia que me produjo gran satisfacción porque concuerda con un principio que yo expuse a su Señoría y que usted no pareció desaprobar. Hasta tal punto me complace, que, como ya le dije a usted, pensaba hacer de él un discurso político tan pronto como me fuese posible hacer una nueva edición de esa obra[4]. Mi principio va dirigido contra la ruin malignidad y envidia de las naciones que nunca pueden tolerar ver la prosperidad de sus vecinos, y continuamente se quejan de los esfuerzos que hacen otros países para mejorar su propia industria.

A juzgar por nuestra absurda política, parece que nosotros deseamos e intentamos reprimir el comercio con nuestros vecinos, y nos alegraríamos de ver toda Europa reducida al mismo estado de desolación en que se encuentra Turquía. Mas la consecuencia de esto sería forzosamente que no tendríamos prácticamente más que comercio interior, y que no habría nadie, además de nosotros mismos, a quien vender o de quien comprar.

Recuerdo que en una conversación con su Señoría acerca de este asunto, preguntaba yo si un hombre que abriese una tienda en Tartaria encontraría muchos parroquianos. Este espíritu mezquino que se da en las naciones y en los individuos debería ser cuidadosamente reprimido; y me alegra ver que Mr. Tucker es probable que emplee sus talentos de tan útil manera.

[9. La oratoria de Cicerón]

[A Henry Home]
[Edimburgo] 13 de junio, 1742 [Greig I, 17]

Estimado señor:

Estoy de acuerdo con usted en que los razonamientos de Cicerón en sus *Discursos* son a menudo muy imprecisos, y uno llega a pensar que divagan y se apartan de lo que quieren probar. Hasta tal punto, que un abogado de hoy que se tomara las mismas libertades correría el riesgo de ser reprendido por el Juez, o, por lo menos, de recibir una admonición. Sus discursos contra Verres, sin embargo, son una excepción, aunque aquel bandido era tan desvergonzado y descarado en sus saqueos, que es más fácil declararlo culpable y sentenciarlo. No obstante, estos discursos son todos ellos sobremanera meritorios. El discurso en defensa de Milo es comúnmente considerado la obra maestra de Cicerón, y es, desde luego, hermosísimo en muchos aspectos; pero en esa pieza oratoria hay algunos puntos que me sorprenden. La verdadera historia de la muerte de Clodio, tal y como la conocemos a través de los historiadores romanos, fue ésta: sólo se trató de un encuentro casual entre Milo y él, y la reyerta fue iniciada por sus siervos cuando se cruzaron en el camino. Muchos de los siervos de Clodio fueron asesinados; los otros fueron dispersados, y él resultó herido y se vio obligado a esconderse en unos talleres que había por allí, de donde fue sacado por orden de Milo y asesinado en la calle. Los abogados fiscales insistieron largamente en estas circunstancias, y parece que lograron probarlas, pues lo que ellos dijeron ha sido tomado por verdadero por toda la Antigüedad. Mas no hay en Cicerón ni una palabra de esto; su discurso sólo se esfuerza por probar dos puntos: que Milo no tendió una emboscada a Clodio, y que Clodio era un mal ciudadano y fue meritorio matarlo. Si lee usted este discurso, creo que estará de acuerdo conmigo en que [Cicerón] apenas si dice alguna cosa pertinente a la verdadera cuestión, si seguimos el criterio de un tribunal de judicatura de hoy día.

Los discursos en defensa de Marcelo y Ligario, igual que el pronunciado en defensa de Arquias, son excelentes, principalmente porque los asuntos que tocan no requieren o no admiten un razonamiento ajustado. Merece la pena

leer la conclusión del discurso en defensa de Plancio, donde creo que se conmueven muy bien las pasiones [del lector]. Hay pasajes muy nobles en el discurso en defensa de Murena, aunque es seguro que los fiscales, a pesar de tratarse de Servio, Sulpicio y Catón, no debieron decir nada sobre el caso; o quizá Cicerón no haya dicho nada. Parte de ese discurso se ha perdido.

Sería un placer para usted leer y cotejar las dos primeras Filípicas, y poder así juzgar acerca de las costumbres de aquellos tiempos, comparadas con las costumbres modernas. Cuando Cicerón pronunció la primera Filípica, entre [Marco] Antonio y él todavía no había desaparecido toda mesura, sino que aún había entre ellos restos de una gran intimidad y amistad. Además, Cicerón vivía en contacto con todos los demás capitanes del César: Dolabella había sido su yerno; Hirtius y Pausa eran pupilos suyos; Trabacio había sido enteramente una creación suya. Por esta razón, la prudencia le puso riendas en aquella época, en sus declamaciones contra Antonio; hay en ellas una gran elegancia y delicadeza, y muchos de los pensamientos en ellas contenidos son excelentes, particularmente cuando menciona su encuentro con Bruto, quien había sido obligado a salir de Roma. *Me avergoncé* —dice— *de haberme atrevido a ir a Roma después que Bruto hubiera abandonado esa ciudad, y de poder estar a salvo en un lugar en el que él no podía estarlo*[…]. Pero este discurso es muy admirado por los antiguos. La Divina Filípica, como Juvenal la llama, es la segunda. Allí da rienda suelta a su capacidad de difamación, sin otro propósito que el de denigrar a su antagonista. Y sin apoyar ningún hecho con testigos (pues no hubo juicio ni acusación), saca a relucir toda la basura del carácter de Antonio; le reprocha por sus borracheras, sus vomitonas, su cobardía y toda otra clase de libertinaje y villanía. Hay gran genio y agudeza en muchos pasajes de este discurso, pero tomado en conjunto no sería hoy universalmente admirado[…].

[10. Los principios de la creencia religiosa]

[A Gilbert Elliot de Minto]
Ninewells, cerca de Berwick, 18 de febrero, 1751 [Greig I, 71]

[…] En política y en filosofía natural, toda conclusión que sea contraria a un indiscutible asunto de hecho, ha de estar, sin duda alguna, equivocada; y debe haber algún error escondido en alguna parte del argumento, seamos o no seamos capaces de descubrirlo. Pero en Metafísica o en Teología, no veo cómo ninguno de estos sencillos y obvios criterios de certeza puedan tener lugar. Nada puede corregir un mal razonamiento, como no sea un buen razonamiento; y la sofistería debe ser combatida con el silogismo. Observo que hace setenta años, un principio […] prevaleció en Francia entre algunos filósofos y *beaux Esprits*. La ocasión de ello fue ésta: El famoso Monseñor Nicole**[5]**, de la escuela de Port Royal, en su *Perpetuité de la Foi*, atacó mucho a los protestantes tratando de hacer ver la imposibilidad de que la gente pueda llegar a convencerse de su propia religión sirviéndose de su juicio privado. Pues ello requeriría tantas disquisiciones, razonamientos, investigaciones, erudición, imparcialidad y penetración, que ni siquiera uno entre cien individuos instruidos sería capaz de lograrlo. Monseñor Claude**[6]** y los protestantes respondieron, no resolviendo las dificultades [que presentaba Monseñor Nicole] (lo cual me parece que sería imposible), sino volviéndolas contra él (lo cual es muy fácil). Mostraron que para alcanzar la vía de Autoridad en que tanto insisten los católicos, se requeriría un proceso de agudo razonamiento y de gran erudición, suficiente para un protestante. Habría primero que probar todas las verdades de la religión natural, el fundamento de la moral, la divina autoridad de la Escritura, la consideración que recibe en la Iglesia, la tradición de la Iglesia, etc. La comparación de estos controvertidos escritos [en la polémica entre protestantes y católicos] dio en algunas mentes origen a la idea de que no es a través del Razonamiento ni de la Autoridad como llegamos a conocer nuestra religión, sino a través del Sentimiento. Y, ciertamente, ésta sería una vía muy conveniente, a la que un filósofo estaría muy dispuesto a dar su conformidad si pudiera distinguir entre el Sentimiento y la instrucción recibida. Pero según todas las apariencias, el

Sentimiento de Estocolmo, el de Ginebra, el de la antigua Roma y el de la moderna, el de Atenas y el de Memfis tienen las mismas características. Y ningún hombre que piense puede dar su asentimiento implícito a ninguna de ellas, como no parta del principio general que dice que, como la verdad en estos asuntos está fuera del alcance de la capacidad humana, y como, para mayor tranquilidad, uno debe adoptar alguna postura, hay mayor satisfacción y conveniencia ateniéndose al Catecismo que primero se nos enseñó. Contra esto no tengo nada que decir. Sólo haría la observación de que una conducta así se funda en el escepticismo más universal y declarado, junto con un poquito de indolencia. Pues un mayor grado de curiosidad y de afán inquisitivo hace que demos un giro directamente opuesto, partiendo de los mismos principios. […]

[11. París]

[A Adam Smith]
Fontainebleau, 28 de Octubre, 1763 [Greig I, 222]

Mi querido Smith

He estado tres días en París y dos en Fontainebleau; y por todas partes se me ha recibido con los honores más extraordinarios que la más desorbitada vanidad pudiese querer o desear. Los elogios de Duques y Mariscales de Francia y de Embajadores extranjeros no significan nada para mí en el momento presente; no encuentro satisfacción en ninguna clase de cumplidos, excepto en los que provienen de las damas. Todas las cortesanas que había alrededor cuando fui presentado a Mme. Pompadour fueron superadas, si ello fuera posible, por las de la Duquesa de Choiseul, una de las damas de mayor distinción en Francia. No contenta con las muy halagadoras cosas que me dijo cuando fui presentado a ellas, me mandó luego llamar desde la otra esquina del salón para repetírmelas y para entablar una breve conversación conmigo. No hay en Francia cortesano que no hubiese sido transportado de alegría si la mitad de estas delicadezas le hubieran sido dichas por una de estas ilustres damas. Pero lo que puede parecer más extraordinario es que las dos, según yo pude conjeturar, habían leído con alguna atención casi todos mis escritos. El Rey [Luis XV] no me dijo nada en particular cuando le fui presentado; y (¿podrá usted imaginar?) fui tan tonto como para sentirme algo mortificado por ello, hasta que me dijeron que el Rey no dice nunca nada a una persona la primera vez que la ve. El Delfín, según se me dice por todos lados, se declara muy a favor mío en toda ocasión; y mucha gente me asegura que tengo razón para sentirme orgulloso de su juicio

Sé que estará usted, mi querido amigo, listo para preguntarme si todo esto no me hace extremadamente feliz. No, apenas siento diferencia alguna. Como ésta es la primera carta que escribo a mis amigos de mi país, me he entretenido (y espero haberle entretenido también a usted) dándole cuenta muy resumida de estas incidencias. Pero […] le aseguro a usted que saco más satisfacción interior del muy amable modo de ser y carácter de la familia con la que vivo, que de todas estas vanidades externas[…].

[A Adam Ferguson]
Fontainebleau, 9 de noviembre, 1763 [Greig I, 223]

Querido Ferguson:

He pasado ya cuatro días en París y aproximadamente dos semanas en la Corte de Fontainebleau entre gente que, de la familia real para abajo, parece estar empeñada en persuadirme, mediante expresiones de estima de todo tipo, de que me tienen por uno de los mayores genios del mundo. Estoy seguro de que ni Luis XIV tuvo que sufrir jamás tanta adulación en tres semanas de su vida. Y digo sufrir porque [esa adulación] realmente me confunde y me azara, y hace que me muestre tímido y vergonzoso. Lord Hertford les ha dicho que acabarán por echarme de Francia *à coup des compliments et des louanges* [*a fuerza de piropos y alabanzas*], Nuestro amigo, el General Clerk, vino a este lugar después de haber estado yo aquí una semana; y lo primero que me dijo fue que estaba seguro de que jamás había pasado yo tantos días con tan poca satisfacción. Le pregunté que cómo lo había adivinado tan bien, y él me contestó que porque me conocía a mí y conocía también a los franceses […]. Sin embargo, me encuentro a veces con incidencias que me agradan, pues no están contaminadas de voluntad de complacer o de exageración francesas […]. Ayer cené en la residencia del Duque de Praslin, el Secretario de Estado. Una vez concluida la cena, fui a una esquina del comedor a conversar con alguien; y entonces vi que entraba en la estancia un caballero de alta estatura, ya algo entrado en años, con galón y estrella, el cual se dirigió inmediatamente en voz alta a la Duquesa de Praslin: [«Hé, Madame la Duchesse, que je suis content, j'ai vu Monsieur Hume à la cour aujourd'-hui» «¡Eh, señora Duquesa! Qué contento estoy de haber visto hoy al señor Hume en la Corte»]. Cuando pregunté quién era [este caballero], se me dijo que se trataba de un distinguido señor, considerado como uno de los más listos y sensatos de la Corte.

Dentro de dos o tres días regresaremos a París, donde espero poder vivir más a mi gusto. Y allí pasaré tiempo con hombres realmente insignes, pues ahora los hay entre los literatos de Francia. Ciertamente, hay algo de perverso en la estructura de nuestra mente o en las incidencias de la vida. Mi situación actual debería parecer naturalmente envidiable; pues además de la circunstancia de haber tenido una recepción universalmente buena por parte de toda clase de gente, nada puede ser más amable que el carácter de la familia con la que vivo, y nada más amistoso que su conducta para conmigo.

Mi fortuna ha recibido ya un aumento considerable gracias a una pensión que me ha sido procurada por Lord Hertford y que, según me dicen, seguiré recibiendo de por vida. […] Mi Señor [Lord Hertford] considera que […] seré pronto nombrado Secretario de Embajada: un cargo que me supondrá pocos gastos y me traerá un aumento de ingresos del orden de las mil libras anuales, y que me pondrá en camino de llegar a los altos puestos del servicio diplomático. Con todo, me doy cuenta de que he empezado demasiado tarde y de que estoy desplazado. Y dos o tres veces al día echo de menos mi cómoda butaca y mi retiro en *James's Court*. No piense nunca, mi querido Ferguson, que puede ser usted infeliz mientras sea dueño de su chimenea y de su tiempo, o que hay alguna otra circunstancia que logre hacer mayor su disfrute.

Cuando pienso en mi casa, créame que a menudo me acuerdo de [mi sobrino] Josey[7], el cual, siento decirlo, perderá con mi ausencia más de lo que yo podré jamás ganar con ella, quiero decir en lo que a su educación se refiere. Le pido a usted que ejerza alguna inspección sobre él, y que cuantas veces mi hermana se lo envíe para que reciba consejo suyo, se asegure usted de dárselo.

Por desgracia, creo que hay actualmente una dificultad en lo que respecta a meterle en el estudio del griego. Por sus conocimientos, está muy adelantado para la clase de High School en que le han puesto, pero es todavía demasiado joven para ir a la Universidad. Por esta razón pensé que tal vez pudiera aprender algo de griego antes de acabar con su curso de latín, como se hace en Inglaterra[…].

[A Alexander Wedderburn]
París, 23 de noviembre, 1763 [Greig I, 224]

Mi estimado señor:

Creo que voy a escribirle a usted una carta muy breve, y sin embargo es mucho lo que tengo que decir. Carezco en absoluto de tiempo para mí: entre las ocupaciones y la vida social, entre recibir y devolver cortesías, y entre el trato con los grandes y sabios, apenas si me queda lugar para pensar en un viejo amigo […]. Me resigno diariamente a este modo de vida, y nada me ayuda más a familiarizarme con un escenario tan diferente del que yo estaba acostumbrado, que la amabilidad y amistad de la familia con quien vivo. Veo también que voy recobrando el uso de la lengua francesa, aunque todavía me encuentro algo torpe cuando tengo que devolver un cumplido. La escena que hoy tuvo lugar me agradó de verdad, sin resultarme embarazosa. Acompañé a

Lord Hertford a Versailles para ser presentado a la Delfinesa [María Josefa de Sajonia] y al joven Príncipe —los únicos miembros de la familia real a quien aún no había visto. Cuando fui presentado al Duque de Berry [más tarde Luis XVI], que es un muchacho de diez años, me dijo: «Monsieur, vous avez beaucoup de réputation dans ce pays-ci: votre nom est très bien connu; et c'est avec beaucoup de plaisir que je vous vois» [«Señor, tenéis mucho prestigio en este país; vuestro nombre es muy conocido, y veros es un gran placer para mí»]. Inmediatamente después de decir esto, su hermano, el Conde de Provenza, que es dos años más joven, se acercó y me dijo con gran compostura: «Monsieur, il y a longtemps que vous êtes attendu dans ce pays-ci avez beaucoup d'impatience: je compte avoir bien du plaisir quand je pourrai lire votre belle histoire» [«Señor, desde hace mucho tiempo se os ha esperado en este país con gran impaciencia; cuento con tener mucho placer cuando pueda leer vuestra hermosa Historia [de Inglaterra]]». Pero lo más notable es que, cuando se nos llevó a prestar reverencia al Conde de Artois [más tarde Carlos X], que tiene cinco años, y a una joven *Madame* de entre dos y tres años de edad [María Adelaida-Clotilde-Xaviera, más tarde reina consorte de Cerdeña], el Príncipe Infante avanzó igualmente hacia mí para pronunciar también su arenga, en la cual, aunque no era muy clara, le oí pronunciar a trompicones la palabra *Histoire* y algunos otros términos de panegírico. Con él terminaron las expresiones de cortesía que la familia real de Francia tuvo para conmigo; y puedo decir que no terminaron hasta que les falló el poder del habla, pues el Príncipe era demasiado joven para poder articular un elogio. Podrá usted ver con este solo ejemplo, lo que usted mismo no ha dejado de señalar en muchas ocasiones: cuán mayor honor se les rinde a las letras en Francia que en Inglaterra. Y no lo digo únicamente con respecto a mí —a quien algunos bárbaros sectarios bajo el apelativo de *whigs* se deleitan en denigrar—, sino también con respecto a cualquier otra persona. Y los efectos de esto pueden verse en el diferente estado en que se hallan las letras en ambos países.

Quedo, querido Wedderburn, sinceramente suyo,

D. H.

P.S. Cada día que pasa me acostumbro más a este lugar y espero convertirme pronto en un parisino. He cambiado tan a menudo mis lugares de residencia, que he llegado a pensar que, en lo que a felicidad se refiere, no hay gran diferencia entre ellos. Con todo, si hubiera que dar preferencia a alguno, esta ciudad parece tener derecho a ella.

[12. Sobre la cortesía]

[A Michael Ramsay]
Reims, 13 de septiembre, 1734 [Greig I, 4]

[…] Cuando salí de París, el *Chevalier Ramsay*[8] me aconsejó observar e imitar en lo posible los modales de los franceses. Pues dice que aunque los ingleses tienen quizá una más auténtica educación de sus sentimientos, los franceses tienen, sin embargo, un mejor modo de expresarla. Esto me dio ocasión a reflexionar sobre el asunto. Y, en mi modesta opinión, lo que ocurre es precisamente lo contrario, a saber: que los franceses tienen una mejor educación de sus sentimientos, y los ingleses un mejor método de expresarla. Por auténtica educación entiendo ternura de temperamento y una sincera inclinación a corresponder y a ser servicial, cosas que se pueden notar claramente en este país [Francia], no sólo entre las gentes de clase alta, sino también de la baja. Hasta tal punto, que los mozos de carga y los cocheros son aquí educados, y ello no sólo para con los caballeros, sino también en el trato entre ellos mismos. De tal modo es así, que jamás los he visto discutir en Francia, mientras que en Inglaterra se encuentra uno con discusiones por todas partes. Por expresiones de educación quiero decir esas deferencias y ceremonias externas que han sido inventadas por la costumbre para compensar la falta de una auténtica cortesía o bondad para con los demás, falta que se observa incluso en hombres que tienen la mejor disposición del mundo, y que es inevitable cuando se trata con extraños y con personas que nos son indiferentes. Estas ceremonias deben ser ideadas de tal forma que, aunque no engañen ni pasen por sinceras, agraden, sin embargo, por su apariencia, y lleven a la mente, con el consentimiento y conocimiento de ésta, a una grata ilusión. Uno puede errar por cualquiera de estos dos extremos: o haciendo que las expresiones de cortesía parezcan demasiado verdaderas, o haciendo que parezcan estar demasiado alejadas de la verdad, si bien puede observarse que el primer error apenas es posible, porque siempre que una expresión o una acción se convierten en costumbre, no pueden engañar a

nadie. Así, cuando los cuáqueros se despiden diciendo «Su amigo», se les entiende tan fácilmente como al que dice «Su humilde servidor». Los franceses pecan por el extremo opuesto: el de hacer que sus fórmulas de cortesía se aparten demasiado de lo verosímil, lo cual es un defecto, aunque no esperen que nadie los crea. Esto es parecido a la transgresión que comete un poeta dramático cuando mezcla su fábula con elementos improbables, a pesar de que es seguro que, en la representación, las escenas, las luces, el público y otras mil circunstancias harán imposible que tomemos jamás por verdadero lo que es pura ilusión.

Otro defecto que encuentro en los modales franceses es que, como ocurre con sus vestidos y su mobiliario, son demasiado llamativos. Un buen caballero inglés se distingue del resto del mundo por el tenor de su conversación tomada en conjunto, más que por alguna parte especial de ésta. De tal modo, que aunque nos demos cuenta de que se trata de un individuo sobresaliente, no somos capaces de decir por qué, pues carece de notables signos de cortesía y de dotes de las que podamos echar mano para probar su educación. Tan elegantemente practica esas señales de elegancia social, que pasan por actos normales de la vida y no le ponen a uno en la necesidad de darle las gracias por ellos. La cortesía inglesa es siempre mayor que cualquier otra, aunque parece ser la menor.

Mas, a pesar de todo, debe reconocerse que los pequeños detalles de urbanidad de la conducta francesa, aunque son molestos e impertinentes, sirven para limar los modales de la gente ordinaria y para impedir la grosería y la brutalidad. Pues así como se ha descubierto que los soldados se hacen más valientes cuando aprenden a sostener en alto sus mosquetes a media pulgada de un punto señalado; y así como los devotos de tu religión sienten que aumenta su devoción mediante la observancia de supersticiones triviales como rociarse de agua, arrodillarse, santiguarse, etcétera, así también los seres humanos ablandan sus sentimientos para con el prójimo mediante la práctica de estas ceremonias: su alma se complace con el progreso que va haciendo sirviéndose de estos detalles triviales; y apoyada así por ellos, pasa fácilmente a algo de mayor sustancia. Y creo firmemente que ésta es la razón por la que rara vez se tropieza uno en Francia con un payaso o un tipo mal educado.

Quizá te extrañe el que yo, que he estado tan poco tiempo en Francia y que confieso no dominar la lengua francesa, dictamine con tanta seguridad acerca de los modales franceses. Pero te complacerás en observar que con las naciones ocurre lo que con un individuo particular: que para descubrir su

carácter, un detalle trivial sirve más que toda una serie de actos considerables. Así, cuando comparo nuestra expresión inglesa «Humilde servidor», la cual suele omitirse en cuanto tenemos alguna intimidad, con la frase francesa «Es un honor ser vuestro humilde servidor», la cual ellos no olvidan jamás; y cuando añado a esta comparación otras circunstancias, ello me hace ver claramente los diferentes modos de ser de ambas naciones. Eso de «tener el honor» de hacer o decir tal o cual cosa llega aquí tan lejos, que la lavandera me dijo hoy que «esperaba tener el honor de servirme» mientras yo estuviera en Reims; y lo que es todavía más absurdo es que esas frases las usa la gente hablando con personas que son con mucho sus inferiores.

Antes de concluir mi carta debo decirte que espero disculpes mi falta de educación si me tomo la libertad de expresarte el deseo de que, la próxima vez que me hagas el honor de escribirme, seas tan amable de sentarte a escribir tu carta un día antes de que salga el correo; pues no puedo evitar el temor de que, escribiendo con prisa, omitas varias cosas que, de otro modo, yo hubiera tenido el honor y la satisfacción de escuchar de ti. Cuando seas tan bueno y condescendiente como para escribirme, hazlo, por favor, a la siguiente dirección:

A Monsieur David Hume, Gentilhomme Ecossois
chez Monsieur Mesier [etc.]

[13. Impropiedad de las preces]

[A William Mure de Caldwell]
Edimburgo, 30 de junio, 1743 [Kiblansky-Mossner, 6]

[…] Con gran placer he leído el *Sermón* de Mr. Leechman[9], y estimo que es muy bueno, aunque siento ver que el autor es un ateo absoluto. Usted sabe (o debería saber) que Platón dice que hay tres clases de ateos. La primera la constituyen aquellos que niegan una Deidad; la segunda, los que niegan su Providencia; la tercera, los que aseguran que [la Deidad] es influida por oraciones o sacrificios. Descubro que Mr. Leechman es un ateo de esta última especie.

Estimo que el lenguaje [del Sermón] es muy correcto, aunque se me han ocurrido algunas dudas conforme iba leyendo, las cuales mencionaré aquí para que, si a él o a usted les parecen bien fundadas, puedan hacer uso de ellas. Como [Mr. Leechman expresó] en una ocasión su deseo de saber lo que yo pensaba acerca de su lenguaje, estoy resuelto a no renunciar al honor que me hace un tal discípulo, aunque quizá mis observaciones se reduzcan a minucias, y aunque deba yo este privilegio más a su modestia que a mi superior preparación […][10].

En cuanto al argumento de fondo, desearía que en una segunda edición Mr Leechman contestara a esta objeción que puede hacérseles a la devoción y a la oración, y, ciertamente, a todo lo que comúnmente llamamos religión, exceptuando la práctica de la moralidad y el asentimiento a lo que se entiende por la proposición «Dios existe»:

Debe reconocerse que la naturaleza nos ha dado una fuerte pasión de admiración por todo lo que es excelente, y de amor y gratitud por aquello que es benevolente y beneficioso; y que la Deidad, aun poseyendo estos atributos en el más alto grado de perfección, no es —afirmo yo— el objeto natural de ninguna pasión o afecto. La Deidad no constituye el objeto de los sentidos ni de la imaginación, y en muy escasa medida lo es del entendimiento; sin lo cual, es imposible que suscite afecto alguno. Un antepasado remoto que nos

haya dejado propiedades y honores adquiridos con virtud, es un gran benefactor; y sin embargo, es imposible tener hacia él afecto alguno, porque nos es desconocido. Aun así, sabemos de manera general que se trata de un hombre o de una criatura humana, lo cual hace que esté muchísimo más cerca de nuestra comprensión que un invisible Espíritu infinito. Un hombre, por tanto, puede tener su corazón perfectamente dispuesto para con todo objeto natural de afecto —amigos, benefactores, país, hijos, etcétera—, y, sin embargo, debido a esta circunstancia de invisibilidad e incomprensibilidad de la Deidad, puede que no sienta afecto alguno hacia ella. Y mucho me temo que todos los devotos entusiastas estén engañados en grado sumo. Quizá la esperanza y el miedo agiten su pecho cuando piensan en la Deidad; o quizá degraden a Esta para que se parezca más a ellos, haciéndola de este modo más comprensible; o quizá se regocijen vanidosamente considerándose especiales favoritos de Ella; o quizá sólo se vean impulsados por un afecto forzado y tenso que se mueve a trompicones y a saltos, a un ritmo irregular y desordenado. Un afecto así no puede serle exigido a ningún hombre como algo que es su deber. Obsérvese que no sólo excluyo las pasiones turbulentas, sino también los afectos reposados. Ninguno de ellos puede funcionar sin la ayuda de los sentidos y de la imaginación; o, por lo menos, se necesita un conocimiento más competente del objeto, que el que tenemos de la Deidad. En la mayoría de los hombres tal es el caso; y una limitación natural no puede ser jamás un crimen. Pero aunque admitiésemos la devoción, la oración debe continuar siendo excluida. En primer lugar, el hecho de dirigir nuestros deseos virtuosos a la Deidad, como no tiene influencia sobre Ella, es sólo una suerte de figura retórica cuya función es hacer que estos deseos sean más ardientes y apasionados. Tal es la doctrina de Mr. Leechman. Ahora bien, el uso de cualquier figura de lenguaje nunca puede ser un deber. En segundo lugar, esta figura, como la mayoría de las figuras retóricas, contiene una impropiedad evidente. Pues no podemos usar una expresión —ni siquiera un pensamiento— en oraciones y súplicas, que no implique que dichas oraciones y súplicas tienen una influencia. En tercer lugar, esta figura es muy peligrosa y lleva directamente —incluso inevitablemente— a la impiedad y la blasfemia. Es una debilidad natural de los hombres imaginar que sus oraciones tienen una influencia directa; y esta debilidad está por fuerza extremadamente fomentada y cultivada por el uso constante de la oración. Así, todos los hombres prudentes han excluido de la oración el uso de imágenes y representaciones, a pesar de que éstas avivan, ciertamente, la devoción. Porque la experiencia muestra que, con la gente común, estas

representaciones visibles atraen demasiada atención y llegan a convertirse *ellas mismas* en objetos de devoción.

Excuse una carta tan larga. Salude de mi parte a Mr. Leechman y a todos los amigos, y créame sinceramente suyo,

D. H.

[14. Un poeta ciego: Thomas Blacklock]

[Al Reverendo Joseph Spence]
Edimburgo, 15 de octubre, 1754 [Greig I, 98]

Señor:

Las gratas producciones con que usted ha entretenido al público, han hecho que desde hace tiempo tuviera yo deseos de conocerle. Mas este deseo ha aumentado sobremanera al enterarme de que está usted entrañablemente dedicado a la tarea de proteger a un hombre de mérito, tan desvalido como Mr. Blacklock.

Espero que me disculpe por haberme tomado la libertad de escribirle. Con mucho gusto le comunicaré a usted todo lo que sé acerca de él, aunque otros, por haber tenido con él más larga relación, estarán mejor cualificados para esta tarea.

La primera vez que vi u oí hablar de Mr. Blacklock fue hace unos años, cuando coincidí con él en una visita que hice a dos jóvenes damas. Ellas me pusieron al corriente de su caso, en la medida en que pudieron hacerlo durante una conversación en la que él estaba presente. Pronto me di cuenta de que poseía un gusto muy delicado, junto con un apasionado amor al saber. El Dr. Stevenson [un médico de Edimburgo] lo tenía en aquella época bajo su protección; y [Mr. Blacklock] se hallaba entonces dedicado a perfeccionar su conocimiento de la lengua latina. Repetí ante él la elegía de Mr. Pope a la memoria de una dama desafortunada, poema que yo entonces me sabía de memoria; y aunque soy muy mal recitador, noté que el poema le afectaba extraordinariamente. Sus ojos, que son el gran indicador del alma, no podían, desde luego, expresar pasión alguna; pero todo su cuerpo entró en agitación. Aquel poema era igualmente adecuado para conmover la delicadeza de su gusto y la ternura de sus sentimientos. Dejé la ciudad unos días después; y al estar fuera de Escocia por una larga temporada, ni le vi ni oí de él durante varios años. Por fin, un amigo mío me habló de él y me dijo que [Blacklock] habría querido ponerse a mi servicio si su excesiva modestia no se lo hubiera

impedido. Pronto empezó a dar muestras de lo que, a partir de entonces, he encontrado en él: gran elegancia de genio, disposición extraordinariamente afectuosa y agradecida, temperamento modesto y retraído, acompañado de ese delicado orgullo que tan a menudo acompaña a la virtud en un estado de aflicción. Su gran moderación y frugalidad, junto con la generosidad de unas cuantas personas […], le han permitido subsistir hasta ahora. Todas sus buenas cualidades son disminuidas, o quizá fuera mejor decir embellecidas, por una falta de conocimiento del mundo. Los hombres de disposición muy benevolente o muy maligna pueden caer en este error, pues creen que todos los seres humanos son como ellos; pero siento decir que los primeros [esto es, los hombres de disposición muy benevolente] son los que están más expuestos a equivocarse.

Le he preguntado si conservaba alguna idea de la luz o de los colores. Me aseguró que no le quedaba ni el menor rastro de ellos. Averigüé, sin embargo, que todos los poetas, incluso los más descriptivos, como Milton y Thompson, eran por él leídos con placer. Thompson es uno de sus favoritos. Recordé la anécdota de Locke acerca de un ciego que decía que sabía muy bien lo que era el color escarlata: era como un sonido de trompeta. Le pregunté, por tanto, si había formado asociaciones de ese tipo y si también él conectaba los colores con los sonidos. Me contestó que como se había topado tan a menudo, tanto en los libros como en la conversación, con términos que expresaban colores, había formado algunas falsas asociaciones que venían en su ayuda cuando leía, escribía o hablaba de colores; pero que esas asociaciones eran de tipo intelectual. Suponía, por ejemplo, que la iluminación del sol se asemejaba a la presencia de un amigo; que el alegre color verde era como una amable simpatía, etcétera. No me resultó fácil entenderle, aunque creo que en mucho de lo que es nuestra manera de pensar podrá encontrarse alguna especie de asociación. Es cierto que siempre pensamos en algún idioma, a saber, el que nos es más conocido; y que con mucha frecuencia sustituimos las ideas por palabras.

Si conoce usted a algún místico, creo que encontrará el caso de Mr. Blacklock menos paradójico. Los místicos tienen, ciertamente, asociaciones por medio de las cuales su discurso, que para nosotros es una jerga sin sentido, se hace inteligible para ellos. Pienso que, por lo común, toman por simpatías celestiales lo que son sentimientos de amor ordinario; y si no se les saca de su engaño, esa tipificación les sirve para henchir sus corazones, y excluyen así el objeto tipificado.

A propósito de esta pasión [el amor], una vez le dije a mi amigo Mr. Blacklock, que yo estaba seguro de que él no trataba el amor del mismo modo que los colores; que no hablaba del amor sin sentirlo: había demasiada autenticidad en todas sus expresiones como para permitir que se sospechara lo contrario.

—¡Ay de mí! —dijo con un suspiro—. ¡Nunca he podido hacer que en ese punto mi corazón alcanzase una tranquilidad deseable!

—Su pasión —le contesté yo— siempre estará mejor fundada que la de nosotros, los videntes. Pues nosotros somos tan estúpidos como para dejarnos cautivar por la belleza exterior, mientras que a usted sólo puede afectarle la belleza del alma.

—No están completamente ausentes ninguna de las dos —dijo—. La dulzura de la voz tiene un poderoso efecto sobre mí; los síntomas de juventud que el tacto descubre, también tienen gran influencia. Y aunque estos acercamientos íntimos podrán ser en otros malintencionados, las muchachas que me conocen me dejan, por razón de mi ceguera, que me tome la libertad de pasar mi mano sobre ellas. Y de ese modo puedo tener un juicio completo de su figura. No hay duda, sin embargo, de que el humor, la moderación, el buen sentido y otras bellezas del alma tienen en mí influencia, igual que en los demás.

Podrá usted ver por esta conversación lo difícil que es, incluso para un ciego, ser un perfecto platónico. Pero […] estoy completamente seguro de que todas las pasiones de Mr. Blacklock han sido por entero consistentes con la más pura virtud e inocencia. Su vida ha sido enteramente irreprochable en todos los aspectos.

Adquirió algunos rudimentos de latín en su juventud, pero no pudo leer con facilidad a ningún autor latino hasta poco antes de cumplir los veinte años, cuando el Dr. Stevenson le puso en una escuela secundaria de Edimburgo. Contrató a un lazarillo para que lo guiase, y descubrió que el chico tenía buena disposición para aprender. Así, que le enseñó latín. Este muchacho lo acompañaba también a las clases de griego de la universidad, y ambos aprendieron griego. Mr. Blacklock entiende esa lengua perfectamente y ha leído con mucho placer a todos los grandes autores griegos de buen gusto. Mr. William Alexander […] tuvo la buena idea de enseñarle francés, y domina perfectamente esa lengua. Posee una memoria tenaz y una rápida capacidad de aprehensión. Los jóvenes estudiantes de la universidad deseaban mucho su compañía; y él se beneficiaba de los ojos de ellos, al tiempo que ellos se beneficiaban de las enseñanzas de él. Es muy buen filósofo, y en

general posee todas las ramas de la erudición, excepto las matemáticas. Cuando el chico que al principio lo acompañaba le dejó, consiguió otro, al cual está ahora empezando a instruir; y me ha escrito diciéndome que está muy satisfecho de su aplicación. Los padres de este muchacho, que son gente de sustancia, lo han puesto al servicio de Mr. Blacklock, principalmente porque saben de la virtuosa y docta educación que da a sus pupilos.

Como ha tenido usted la generosidad de interesarse por el caso de este pobre hombre, el cual es objeto de admiración tanto como de compasión, debo informarle cabalmente acerca de su situación. Ha ganado unas cien guineas con la última edición de sus poemas; y ése es todo el capital que posee en este mundo. Tiene también una beca de estudios, unas seis libras anuales. Yo abrí una suscripción para sostenerlo durante cinco años y logré reunir doce guineas anuales entre mis amistades. Es ésta una tarea de las más desagradables, pues he recibido algunas negativas inesperadas que me desanimaron; pero no he desistido de este empeño. Tengo esperanzas de conseguirle otra beca, regalo del Ministerio de Hacienda, por valor de diez libras anuales. Mas, para vergüenza de la naturaleza humana, nos hemos encontrado con dificultades. Tenemos que competir con los nobles que piden asistencia para sus ayudas de cámara o para los hijos de sus sirvientas, pensando que, de otro modo, éstos serían una carga para ellos. Si tan sólo pudiéramos conseguir treinta libras anuales para este hombre de virtud y de genio exquisitos, viviría con holgura y satisfacción; pues sus necesidades no son más que las que la naturaleza le ha dado, si bien ésta, por desgracia, le ha cargado con más de las que ha puesto en otros hombres.

La falta de conocimiento del mundo y la gran delicadeza de su temperamento hacen que no sea persona idónea para tutor de jóvenes o para enseñar en la escuela: no podría retener autoridad alguna. Si no hubiera sido por este defecto, habría conseguido ser profesor de griego en la Universidad de Aberdeen.

Espero que dé resultado el proyecto que usted tiene de publicar sus poemas mediante una suscripción. Creo que sería imposible que él se encontrase en necesidad, si su caso fuera más conocido. Confío que lo sea gracias a los esfuerzos de usted.

Sir George Lyttleton, que tiene un gusto tan fino y tanta benevolencia de carácter, sin duda estaría dispuesto a prestar su asistencia, más aún, a resolver todas las dificultades, si el caso le fuera presentado de una manera adecuada. No sé si tendrá usted la fortuna de mantener amistad con ese caballero[…].

Mucho me alegrará si puede serle de algún servicio utilizar mi nombre en sus informes acerca de Mr. Blacklock.

Soy, Señor, con gran respeto, su obediente y humilde servidor,

David Hume

P. S. Mr. Blacklock es muy dócil y le alegra recibir correcciones. Lo único que siento es que está demasiado dispuesto a respetar los juicios de otros. No vi la última edición hasta que fue impresa, pero le he enviado algunas objeciones a ciertos pasajes, por las cuales se mostró muy agradecido. También quise que retirara por completo algunos poemas, tales como la *Oda sobre la Fortaleza* y algunos otros que me parecieron inferiores al resto de la colección. Le honrará mucho el que usted haga uso de la misma libertad. Le llamé la atención sobre algunas expresiones tomadas del escocés, pero usted está mejor preparado que yo para hacerle ese servicio. No he visto ninguno de sus ensayos, y me temo que su prosa sea inferior a su poesía. Pronto llegará a Edimburgo, y entonces podré escribirle a usted con más detalles.

APÉNDICES

Jean-Jacques Rousseau. Retrato por Allan Ramsey, 1766 (The National Gallery of Scotland).

Apéndice 1: Rousseau.

A finales de 1765 Hume decidió llevar a Inglaterra a Rousseau para permitirle vivir en paz tras los ataques de que el filósofo suizo había sido víctima en su propio país. Recurriendo a sus amistades más influyentes, logró Hume asegurar para el refugiado una pensión del Rey y un lugar de residencia conforme con sus deseos. La difícil personalidad de Rousseau y una cierta manía persecutoria (justificada en ocasiones, como suele ocurrir con todo síndrome paranoico) fueron prudentemente tratadas por su anfitrión, quien hizo un especial esfuerzo por complacer al famoso personaje. Quizá fuera posible ver en la actitud de Hume —generosa, repito, en lo fundamental— un involuntario impulso de emulación, oculto bajo un aire de condescendiente paternalismo. La extremada sensibilidad de Rousseau registró y agigantó desde el primer momento las dos cosas. Los principales biógrafos de Hume coinciden, sin embargo, en estimar que las acusaciones de Rousseau inculpando al escocés de traición e hipocresía carecen de adecuado fundamento. No quiere ello decir, dicho sea en favor del ginebrino, que la conducta de sus satirizadores y enemigos estuviese libre de culpa. Y es seguro que el propio Hume lo pensó también así, a juzgar por el esfuerzo que hizo por desentenderse públicamente de las maniobras que más podían dañar la reputación de su huésped.

En resumen, las sospechas de Rousseau venían a cifrarse en esto: que envidiosos de su creciente prestigio como escritor y filósofo, Hume y otros intelectuales ingleses y franceses habían organizado una campaña de difamación para destruirlo. De la abundantísima correspondencia relacionada con este asunto, sólo se recogen aquí algunas cartas que estimo de valor singular. Dan idea de la curiosidad y admiración que desde un principio sintió Hume por Rousseau, y del posterior despecho de aquél cuando dio por perdida tan valiosa amistad. Aquella desavenencia constituyó uno de los mayores escándalos en los círculos intelectuales de la época, y tuvo como consecuencia más visible la total, amarga y permanente ruptura entre dos de los individuos más influyentes de todo un siglo. Es significativo

el hecho de que Hume omita en su autobiografía tan largo y triste incidente, sin duda fijado en su memoria hasta el fin de su vida.

He aquí la historia resumida del complejo episodio, tal y como aparece en la literatura epistolar de Hume y empezando con el desembarco de Rousseau en las Islas Británicas. Recién llegado, el ginebrino convivió unos días en Londres con su anfitrión, antes de salir hacia la localidad campestre de Wooton. Allí, en la quinta de un Richard Davenport, residiría durante una larga temporada antes de regresar a Francia malhumorado y ofendido. A poco de partir el exiliado hacia Wooton, le escribe así Hume a su amigo el Reverendo Hugh Blair, residente en Edimburgo:

[Al Reverendo Hugh Blair]
Lisie Street, Leicester Fields, 25 de marzo, 1776 [Grieg II, 314]

[…] Este hombre [Rousseau], el más singular de los seres humanos, me ha dejado por fin; y tengo muy pocas esperanzas de poder disfrutar mucho de su compañía en el futuro, aunque él dice que si me establezco en Londres o en Edimburgo, hará un viaje a pie todos los años para visitarme.

Mr. Davenport, caballero que posee unas cinco o seis mil libras y una buena cabeza, lo ha tomado a su cargo. Tiene una finca llamada Wooton, en lo alto de Derby, situada entre montes y rocas, arroyos y bosques, cosa que resulta grata a la imaginación y al temperamento solitario de Rousseau. Y como el dueño apenas reside allí y sólo ha dejado en el lugar una sencilla mesa para la servidumbre, me ofreció dársela a nuestro amigo. Lo he aceptado, a condición de que [Mr. Davenport] le cobre [a Rousseau] treinta libras anuales para el hospedaje de él y de su *Gouvernante* [Thérese la Vasseur]; a lo cual [Mr. Davenport] ha sido tan amable de dar su asentimiento. Rousseau posee una renta de unas ochenta libras anuales, suma que ha obtenido de contratos con sus libreros y de una pensión vitalicia de veinticinco libras al año, que aceptó de Lord Marischal [George Keith, Décimo Mariscal de Escocia, amigo de Hume y persona interesada en la protección de Rousseau]. Este es el único hombre que ha sido capaz de hacerle aceptar dinero.

[Rousseau] estaba desesperadamente resuelto a recluirse en soledad, a pesar de todas mis advertencias; y preveo que será infeliz en una situación así, igual que lo ha sido siempre en todas las situaciones. Estará allí sin ocupación, sin compañía y sin entretenimiento de ninguna clase. Ha leído muy poco a lo largo de su vida, y ahora ha renunciado a toda lectura; ha visto

muy poco y no tiene ningún tipo de curiosidad por ver u observar. Propiamente hablando, ha reflexionado y estudiado muy poco, y, desde luego, no tiene mucho conocimiento. Durante toda su vida se ha limitado a sentir; y en este aspecto su sensibilidad se eleva a un nivel que va más allá de cualquier otro ejemplo que yo he visto. Sin embargo, esta sensibilidad le hace más susceptible de sentir dolor que de sentir placer; es como un hombre que hubiera sido despojado, no sólo de sus vestidos, sino también de su piel, y que en esta situación se dispusiera a combatir los crudos y tormentosos elementos que constantemente perturban este mundo inferior. Le daré a usted un ejemplo de cómo es su carácter en este aspecto. El episodio ocurrió en mi habitación la víspera de su partida [hacia la residencia campestre de Wooton]. [Rousseau] había resuelto salir con su *Gouvernante* en una silla de posta; pero Davenport, queriendo engañarlo con el fin de ahorrarle algún dinero, le dijo que había encontrado una silla que iba a hacer el camino de vuelta [a Wooton] y que podía alquilarse por una cantidad insignificante; y que, por suerte, iba a salir el mismo día en que Rousseau tenía intención de emprender viaje. El propósito de Davenport era alquilar él mismo la silla y hacerle creer esta historia. Lo logró al principio. Pero Rousseau, después de rumiar las circunstancias, empezó a sospechar que se trataba de una treta. Me comunicó sus dudas, quejándose de que se le había tratado como a un niño; que, aunque era pobre, antes prefería amoldarse a sus circunstancias que vivir de la limosna como un mendigo; y que sentía mucho no poder hablar la lengua [inglesa] con soltura suficiente para protegerse de estas imposiciones. Le dije que yo ignoraba el asunto y que sólo sabía lo que me había contado Mr. Davenport; pero que si él lo deseaba, trataría de enterarme. *No me diga usted eso*, me replicó. *Si es un plan concebido por los Davenport, usted lo sabe y ha consentido en él; y no podría usted haberme causado mayor disgusto que éste*. Tras decir lo cual, se sentó muy sombrío y silencioso; y fueron vanos todos mis intentos por resucitar la conversación y hablar de otros asuntos, pues él continuó respondiéndome lacónica y fríamente. Por fin, después de pasar casi una hora en esta actitud malhumorada, se levantó y dio un paseo por la habitación. Mas imagine usted mi sorpresa cuando hete aquí que, de pronto, se sentó en mis rodillas, me echó los brazos al cuello y me besó con el mayor afecto; y rociándome toda la cara con sus lágrimas, exclamó: *¿Podrá usted jamás perdonarme, mi querido amigo? Después de todos los testimonios de afecto que he recibido de usted, le pago con esta insensatez y mala conducta. Mas, a pesar de ello, tengo un corazón que es merecedor de*

su amistad. Le quiero a usted, y en ningún momento han caído en saco roto sus muestras de amabilidad para conmigo.

Espero que no tenga usted tan mala opinión de mí como para pensar que no me enternecí en esta ocasión. Le aseguro que lo abracé y besé veinte veces con abundante efusión de lágrimas. Creo que no ha tenido lugar en toda mi vida una escena más conmovedora.

Ahora entiendo perfectamente su aversión al trato social, cosa que pudiera parecer sorprendente en un hombre tan bien dotado para disfrutar de los placeres de la vida de sociedad, y que la mayor parte del mundo considera que es una afectación. Padece frecuentes y largos ataques de melancolía, provenientes de su condición mental o corporal —llámela usted como quiera — y de su extremada sensibilidad de temperamento. Durante esos estados depresivos, el estar en compañía es un tormento para él. Cuando recobra los ánimos, la salud y el buen humor, su propia imaginación le proporciona una ocupación tan intensa y grata, que le disgusta que le saquen de ella. Ha llegado a decirme que incluso el escribir libros, como limita y restringe su fantasía a un solo asunto, no le resulta un entretenimiento agradable. Nunca volvería a escribir nada más; y nunca hubiera escrito en absoluto, si hubiese sido capaz de dormir por las noches. Pero por lo común las pasa en vela; y para evitar aburrirse, suele componer alguna cosa que anotó al levantarse por la mañana. Me asegura que compone muy despacio y con gran trabajo y dificultad. .

Es por naturaleza muy modesto, e incluso ignorante de su propia superioridad. Su pasión, que con frecuencia surge en la conversación, es suave y moderada; jamás es arrogante y dominante en lo más mínimo; y es, desde luego, uno de los hombres mejor educados que he conocido. Le daré a usted un ejemplo tal de su modestia, que necesariamente hace que ésta sea sincera: Cuando estábamos de viaje, le recomendé que aprendiese inglés, sin lo cual —le dije— nunca podría disfrutar de entera libertad, ni ser totalmente independiente y dueño de sí. Él se dio cuenta de que yo tenía razón, y dijo que había oído que había dos traducciones inglesas de su *Emile o Tratado de Educación*. Las conseguiría tan pronto como llegase a Londres; y como ya conocía el contenido, no tendría más trabajo que aprender o adivinar las palabras. Esto le ahorraría la incomodidad de consultar el diccionario; y conforme fuese mejorando, le divertiría comparar las traducciones y juzgar cuál era la mejor. De acuerdo con sus deseos, le procuré los libros poco después de nuestra llegada. Pero me los devolvió al cabo de unos días, diciéndome que no iban a servirle.

—¿*Cuál es el problema*? —le repliqué yo.

—*No puedo soportarlos* —me dijo—; *son mi propia obra; y siempre me ocurre que después de entregar mis libros a la imprenta, no puedo abrirlos o leer una de sus páginas sin disgusto.*

—*Es curioso* —le dije yo—. *Me extraña que el buen recibimiento que el mundo ha dispensado a esos libros no le haya hecho a usted sentirse más satisfecho de ellos*.

—¡*Vaya cosa*! —dijo él—. *Si me pusiera a contar sufragios, probablemente habría más en contra de esos libros que a favor*.

—*Pero* —le contesté yo— *es imposible que no le agraden a usted el estilo, la elocuencia y el adorno* [*de esas obras*].

—*Para decirle la verdad* —me replicó—, *no estoy muy disgustado conmigo mismo acerca de ese particular; pero sigo temiéndome que, en el fondo, mis escritos no valgan para nada y que todas mis teorías no sean otra cosa que extravagancias. Je craigne* [sic] *toujours que je peche* [sic] *par le fonde et que touts [sic] mes systemes [sic] ne sont que des extravagances.*

Verá usted que esto es juzgarse a sí mismo con la mayor severidad, al criticar sus propios escritos por el lado que está más expuesto a la crítica. No hay modestia fingida que sea capaz de tener tanta valentía[…].

¿Le he cansado a usted, o le gustaría escuchar más anécdotas de este singular personaje? Me parece estar oyéndole a usted decirme que continúe. En una ocasión intentó darme justificación de la moral contenida en su *Nueva Heloisa* —moral que, como él sabía, había sido censurada por instruir a la gente joven en el arte de satisfacer sus pasiones bajo la apariencia de virtud y de nobles y refinados sentimientos.

—*Podrá usted observar* —me dijo— *que mi Julia es fiel al lecho de su marido, si bien es seducida y falta a su deber en su estado de soltera. Pero esta última circunstancia no puede tener consecuencia alguna en Francia, país en el que todas las jóvenes damas son recluidas en conventos y carecen de la posibilidad de cometer transgresiones. Sólo puede tener, ciertamente, un mal efecto en un país protestante*.

Mas, a pesar de esta reflexión, me dijo que había escrito una continuación de su *Emile*, que pronto sería publicada[1]. Intenta allí mostrar los efectos de su plan de educación, representando a Emilio en las situaciones más difíciles, de las que, no obstante, sale siempre victorioso, con valentía y virtud. Entre otras cosas, [Emilio] descubre que Sofía, la amable, la virtuosa, la estimable Sofía, le es infiel en el lecho: fatal accidente que él soporta con varonil, superior espíritu.

*—En esta obra —*añadió*— he tratado, de representar a Sofía de tal modo que aparezca tan amable, tan virtuosa y tan estimable como si no hubiera tenido tal fragilidad.*

*—Ya veo —*le dije*—. Encuentra usted placer haciendo frente a situaciones espinosas en todas sus obras.*

*—Sí —*dijo*—. Detesto los acontecimientos maravillosos y sobrenaturales en las novelas. Lo único que puede dar placer en este tipo de obras es colocar a los personajes en situaciones difíciles y singulares.*

Se dará usted cuenta de que lo único que le falta es escribir un libro para instrucción de las viudas, a menos que piense que éstas pueden aprender la lección sin instrucción alguna.

Adieu, mi querido Doctor. Me dice usted que a veces lee mis cartas a nuestros amigos comunes; ésta sólo debe ser leída a los iniciados.

Suyo *usque ad aras,*

David Hume

En esos mismos días le escribe Hume a Rousseau dos mensajes breves, uno interesándose por su viaje a Wooton, y otro ofreciéndole excusas por el episodio relacionado con el alquiler secreto de la silla de posta mencionado en la carta anterior. Es claro en ambas notas el cordial tono de amistad y de disculpa adoptado por Hume:

[A Jean-Jacques Rousseau]
27 de marzo, 1766 [Greig II, 315]

Mi estimado señor:

Últimamente hemos tenido muy mal tiempo, lo cual me ha hecho estar preocupado por usted. Espero que haya podido cruzar las montañas de Derbyshire sin mayor contratiempo.

El escultor me ha traído un modelo de su busto, y me ha dicho que era intención de usted regalárselo a un amigo. Le ruego me diga a quién debo entregárselo[…].

[A Jean Jacques-Rousseau]
Lisie St. Leicester Fields, 30 de marzo, 1766 [Greig II, 316]

Le pido a usted mil perdones, mi querido amigo, por el intento que se hizo de engañarlo. Pero no tuve yo nada que ver con esto, excepto ocultarlo. El propio Mr. Davenport está arrepentido de ello; y siguiendo mi consejo, está dispuesto a no planear nunca más un proyecto de este tipo.

Nada podría hacerme más feliz que saber que la situación de usted es ahora de su agrado. Espero que continúe así por mucho tiempo. Mr. Davenport insiste en que cumpla usted su promesa de informarle acerca de cualquier circunstancia que no sea de su gusto, para que él pueda intentar corregirla. No podrá corresponder usted mejor a sus amistosas intenciones, que haciendo uso de esta libertad. Mis mejores deseos van con usted, dondequiera que se encuentre, junto con la tristeza de estar alejado [de usted] […].

Fue a poco de escribir esta carta cuando Hume pudo comprobar que un cambio importante se había operado en el ánimo de Rousseau. Tras recibir una notificación de éste poniendo condiciones al cobro de la pensión Real que le había sido concedida, Hume escribió a la Condesa de Boufflers expresando su creciente preocupación y (¿fingida?) extrañeza por la conducta de su huésped. La carta del escritor y político inglés Horace Walpole a la que alude Hume en el texto fue, sin duda, la causa inmediata de los recelos del ginebrino. Escrita en son de burla y sarcásticamente firmada nada menos que por «Federico el Grande de Prusia», personaje que de hecho había ofrecido a Rousseau su protección y mecenazgo, la epístola fue concebida y jocosamente redactada por Walpole y otros amigos suyos de Inglaterra y de Francia (entre los que no se hallaba Hume) y publicada en los periódicos principales del país. Se trataba con ella, efectivamente, de ridiculizar el carácter huidizo y depresivo de Rousseau y su proverbial manía persecutoria. La irónica carta decía así:

"Mi querido Jean-Jacques:

> Has renunciado a Ginebra, tu tierra natal. Se te ha expulsado de Suiza, país que tanto has ensalzado en tus escritos. En Francia estás fuera de la ley. Ven a mí. Admiro tus talentos y me divierto con tus fantasías a las cuales, dicho sea de paso, dedicas demasiado tiempo y atención. Ya es hora de ir haciéndose prudente y feliz […]. Demuéstrales a tus enemigos que algunas veces tienes sentido común: esto logrará humillarlos sin hacerte daño a ti. Mis dominios te procurarán un pacífico retiro. Estoy deseoso de hacerte bien, y te lo haré. Sólo hace falta que tú pienses que lo es tal. Pero si estás decidido a rehusar mi ayuda, puedes estar seguro de que no

diré a nadie una palabra de ello. Si persistes en darle vueltas a tu cerebro para encontrar nuevas desgracias, haz lo que gustes. Yo soy Rey y puedo hacerte todo lo desgraciado que tú quieras; y al mismo tiempo haré lo que tus enemigos nunca harán: dejaré de perseguirte para que no puedas seguir presumiendo de perseguido.

Tu sincero amigo,

Federico[2]"

En el fragmento de su carta a la Condesa de Boufflers que traduzco a continuación, no parece ser Hume del todo justo en su caracterización de la respuesta que Rousseau dio a sus detractores. No hay nada de «pasión» ni de «extravagancia» en la breve nota que el agredido dirigió al Director de la St. James Chronicle. Es obvio que el ataque inicial a la dignidad de Rousseau provino de Walpole y de su círculo, y que Rousseau no fue el fabricante de la ofensa, sino el ofendido. Su reacción fue, pues, explicable, si se tiene en cuenta que el ginebrino se defendía desde una franca situación de inferioridad, al encontrarse solo y en tierra extraña. Sus palabras al Director del periódico fueron éstas:

Wooton, 7 de abril, 1766 [Greig II, Apéndice H II.]

"Señor: Habéis faltado al respeto que todo particular debe a las cabezas coronadas, al atribuir públicamente al Rey de Prusia una carta llena de extravagancia y de malicia, de la que, por ello mismo, vos deberíais saber que el Rey no podía haber sido el autor. Habéis osado transcribir su firma como si la hubierais visto escrita de su propia mano. Quiero haceros saber, Señor, que esa carta ha sido fabricada en París y que el impostor —lo cual atribula mi corazón— tiene cómplices en Inglaterra. Tenéis para con el Rey de Prusia, para con la verdad y para conmigo, el deber de imprimir esta carta que os escribo y firmo, como reparación a una falta que vos mismo os hubierais sin duda reprochado si hubierais sabido de qué difamadores os habíais convertido en instrumento. Os envío, señor, mis más sinceros saludos.

J.-J. Rousseau."

He aquí las palabras de Hume a la Condesa, comentando la conducta general de Rousseau y su reacción a la carta de Walpole:

[A la Condesa de Boufflers]
Lisie Street, Leicester Fields, 16 de mayo, 1766 [Greig II, 322]

[…] Siento deciros, mi querida Señora, que a pesar de nuestra amistad y nuestro entusiasmo por este filósofo [Rousseau], ha sido culpable de la extravagancia más inexplicable y más censurable que cabe imaginar. Ya sabéis los pasos que di, con su conocimiento y consentimiento, para procurarle una pensión del Rey, y el éxito que tuve en este empeño. […] Ahora nuestro amigo objeta el hecho de que la pensión le sea entregada en secreto, cuando resulta que en su carta a Lord Marischal decía que le gustaba más que así fuese, pues era un testimonio de estima por parte de Su Majestad, sin mezcla o sospecha alguna de vanidad. Le escribiré [a Rousseau] y le diré que el asunto no es ya objeto de deliberación: ya había tomado Rousseau la decisión [de aceptar la pensión] cuando me dio permiso para escribir al Ministro, y nuevamente cuando permitió que el Ministro enviase la solicitud al Rey, y una vez más cuando escribió a Lord Marischal, y otra vez cuando me permitió comunicar al Ministro la respuesta de Lord Marischal, y otra cuando por dos meses permaneció decidido a aceptarla […]. ¿Ha habido alguna vez en el mundo comportamiento tan inexplicable? Para los propósitos de la vida, de la conducta y del trato social, tener un poco de sentido común es mejor que tener tanto talento; y es mejor un poco de buen humor, que tanta sensibilidad.

En cuanto a la gran calamidad de que [Rousseau] se queja [en carta reciente a Lord Marischal], me es imposible imaginar qué pueda ser. Supongo que se tratará de alguna bagatela agravada por su temperamento melancólico y su vivaz fantasía. Lady Aylesbury y el General Conway creen que es la carta de Horace Walpole lo que le atormenta. Esa carta se publicó en nuestros periódicos, lo que dio lugar a una respuesta [de Rousseau] llena de pasión y, ciertamente, de extravagancia, quejándose de fraude y lamentando que el impostor pueda encontrar cómplices y partidarios en Inglaterra[…].

Varios intentos de Hume por restablecer contacto epistolar con Rousseau resultaron fallidos. Por fin, recibió del ginebrino una implacable carta acusadora que, aunque no sería la última, significaba de hecho las ruptura definitiva entre ambos pensadores:

Wooton, 23 de junio, 1766 [Greig II, Apéndice G.]

“Yo creía, señor, que mi silencio, interpretado por su conciencia, diría ya lo suficiente. Pero ya que no acaba usted de entenderlo, hablaré yo. Se oculta usted mal; le conozco, y usted no lo ignora. Sin lazos anteriores, sin querellas, sin disputas, sin conocernos por más medio que nuestra reputación literaria, decidió usted ofrecerme sus amigos y sus cuidados. Emocionado por su generosidad, me arrojé en sus brazos. Usted me trajo a Inglaterra, en apariencia para procurarme asilo, pero de hecho para deshonrarme. Se ha aplicado usted a esta noble obra con un celo digno de su corazón y con un éxito digno de su talento. No hacía falta mucho para triunfar en esta empresa: usted vive en el mundo, y yo en el retiro; al público le gusta que se le engañe, y usted ha hecho que se engañe. Sólo conozco a un hombre a quien no podréis engañar: usted mismo. […] Pensando en su conducta secreta, algún día se confesará usted a sí mismo que usted no es el mejor de los hombres. Y dudo que con esta idea llegue usted a ser nunca el ser más feliz.

Dejo el camino libre a sus maniobras y a las de sus amigos, seguros de que algún día se nos hará justicia a los dos. En cuanto a los buenos oficios […] tras los cuales se esconde usted, se los agradezco y le dispenso de ellos. Mi deber es no tener ya más trato con usted, y no aceptar —mucho menos si es para mi ventaja— ninguna cosa en la que usted haya mediado. Adieu, señor. Le deseo la más auténtica felicidad; mas como no tenemos ya nada que decirnos, ésta será la última carta que recibirá de mí.”

Incapaz de guardar silencio y de dar la causa por perdida, todavía hizo Hume un postrero, amargo intento por buscar explicaciones a tan enorme acusación:

[A Jean-Jacques Rousseau]
Lisie St. Leicester Fields, 26 de junio, 1776 [Greig II, 333]

A M. Rousseau.

Señor:

Como soy consciente de haber actuado siempre con usted de la manera más amistosa, de haber dado las más tiernas y evidentes pruebas de sincero afecto, podrá usted entender mi extrema sorpresa al leer su carta. Tan imposible es responder a acusaciones tan violentas, siempre limitadas a generalidades, como comprenderlas. […] Supondré caritativamente que algún individuo calumniador le ha indispuesto a usted conmigo. Pero en ese caso, su deber de usted —y estoy persuadido de que ésa será su inclinación— es

darme la oportunidad de descubrirlo y de defenderme a mí mismo, cosa que sólo podrá hacerse si me menciona usted las ofensas particulares de las que se me acusa. Dice usted que yo sé que he sido falso con usted; mas yo digo en voz muy alta, y lo seguiré diciendo al mundo entero, que lo que yo sé es precisamente lo opuesto: sé que mi amistad con usted ha sido ilimitada e ininterrumpida, y que aunque las pruebas de esa amistad han sido notadas de una manera general en Francia e Inglaterra, sólo una pequeña muestra de ellas ha llegado a conocimiento del público. Le exijo que me muestre usted al hombre que se atreva a decir lo contrario; y sobre todo, le pediré a ese hombre que me mencione algún caso particular en el que yo le haya faltado a usted. Es esto algo que usted me debe, que se debe usted a sí mismo, y que también es debido a la Verdad, al Honor, a la Justicia y a todo lo que puede considerarse sagrado entre los hombres. Como hombre inocente que soy, reclamo el privilegio de probar mi inocencia y de refutar cualquier especie escandalosa que haya podido inventarse contra mí. Mr. Davenport, a quien he enviado una copia de su carta y quien leerá ésta antes de entregársela a usted, secundará, según espero, mi demanda, y le dirá que no puede ser más justa. Por fortuna he conservado la carta que usted me escribió después de su llegada a Wooton, en la que expresa usted en los términos más vehementes —demasiado vehementes, en verdad— su satisfacción por mis modestos empeños por servirle. El breve intercambio epistolar que después tuvo lugar entre nosotros ha estado dedicado, por lo que a mí se refiere, a propósitos de lo más amistosos. Dígame lo que desde entonces le ha ofendido a usted; dígame de qué se me acusa; dígame quién es el hombre que me acusa. Incluso después de que haya cumplido usted todas estas condiciones para mi satisfacción y la de Mr. Davenport, le será difícil justificar el empleo de términos tan ofensivos contra un hombre con el que ha estado usted tan íntimamente asociado y a quien por tantas razones debería haberle usted tratado con alguna consideración y decencia.

Mr. Davenport conoce todas las gestiones referentes a la pensión de usted, porque yo pensé que sería necesario que la persona que se había encargado de su hospedaje estuviese bien al tanto de sus circunstancias; de este modo no se vería tentada a hacer con usted ocultos actos de generosidad que, de haberlos usted descubierto, le habrían dado pie para sentirse ofendido.

Su más humilde servidor,

David Hume

De entre los múltiples escritos posteriores a esta carta que constituyeron el epílogo de la desavenencia, dos de ellos, ambos demasiado extensos para ser aquí reproducidos en su totalidad, merecen especial comentario. El primero es una larguísima epístola de Rousseau a Hume, fechada el 10 de julio de 1766 (Greig II, Apéndice VI). En ella da el ginebrino minuciosa explicación de sus sospechas: «Estoy enfermo, señor», comienza, «y en estado poco apropiado para escribir; pero usted quería una explicación y voy a dársela. Será larga […], pero tengo mucho que decir y no quiero volver sobre esto una vez más […]. Me pide usted con toda confianza que le dé el nombre de su acusador. Este acusador es el único hombre del mundo que, declarando contra usted, podría hacerse escuchar por mí: usted mismo. Voy a dejarme llevar sin reserva y sin miedo por mi carácter abierto, enemigo de todo artificio; le hablaré con la misma franqueza con que lo haría si usted fuese otra persona en quien yo pudiese depositar toda la confianza que ya no puedo depositar en usted. Le haré a usted partícipe de los movimientos de mi alma y de las causas que los han producido, refiriéndome a Monsieur Hume en tercera persona […]. A pesar de la larga extensión de mi carta, no seguiré en ella otro orden que el de mis ideas, comenzando por los indicios y terminando por la demostración». La enorme lista de acusaciones, basadas casi todas ellas en golpes de intuición, sentimientos, deducciones posibles y sutiles corazonadas, concluye con una sentencia que refleja la vacilación que debió atormentar interiormente a Rousseau por mucho tiempo: «Si usted es culpable», le escribe a Hume, «seré yo el más infeliz de los hombres; si es usted inocente, seré el más vil».

Ni siquiera los biógrafos de Hume que ven con menos simpatía la figura de Rousseau niegan el valor de sinceridad de sus recelos y desengaños, tal y como quedan por él expresados. En la personalidad rousseauniana que queda reflejada en la carta acusatoria, Mossner ve la sincera y completa consistencia lógica de un demente; y llega a caracterizar este singular escrito de Rousseau como «el documento más brillante y fascinante jamás producido por una mentalidad enferma» (p. 529). Pienso, sin embargo, que quizá las cosas merecieran ser juzgadas de modo algo diferente. Junto a claros excesos de desviación neurótica, hay en las observaciones de Rousseau frecuentes ejemplos de una extraordinaria, válida capacidad sensitiva —«Yo no vivo en el mundo», le escribe a Hume; «ignoro lo que en él ocurre; no tengo partido, no tengo asociados, no participo en intrigas. Nada se me dice y sólo sé lo que siento»—, que traspasan, efectivamente, la línea de lo normal, pero no por el lado de la lastimosa locura, sino por el de la genialidad. Vano sería negar

que en las fobias de Rousseau hay algunas veces más sustancia de la que cabe encontrar en la mera huida patológica.

¿Lo entendió Hume también así? Su postura pública fue de absoluto rechazo a las acusaciones contra él dirigidas. Su contestación a Rousseau —y éste es el otro gran escrito epilogal de la disputa— apareció primero en Francia, en octubre de 1766. Un mes después se publicó en Londres la versión inglesa con el título A Concise and Genuine Account of the Dispute between Mr. Hume and Mr. Rousseau, etc. *El manuscrito se conserva hoy en la Biblioteca Nacional de Escocia. Hume pareció escribirlo de mala gana, llevado, no por deseos de venganza, sino con la única finalidad de defender «su moral y su conducta». Pero el tono del escrito resulta cruel, y algunos amigos de Hume, así como un sector del público, expresaron su disgusto por la decisión de publicarlo. El propio Hume, años más tarde, se referiría al episodio Rousseau con este simple y doloroso diagnóstico: «Una desgracia en mi vida».*

La Condesa de Boufflers. Detalle de una acuarela por Carmontel, 1769 (Musée Condé, Chantilly).

Apéndice 2: La Condesa de Boufflers.

Entusiasmada con los capítulos de la Historia de Gran Bretaña *que Hume había dedicado a la Casa Estuardo y al triste, trágico fin de Carlos I, Marie-Charlotte-Hyppolyte de Campet de Saujeon, Condesa de Boufflers, alta dama de la aristocracia francesa bajo el reinado de Luis XV, inició desde París contacto epistolar con el filósofo. En carta fechada el 13 de marzo de 1761, Mme. de Boufflers expresaba su admiración absoluta hacia Hume por haber producido tan «sublime obra», y le comunicaba sus deseos de conocerlo personalmente. Los testimonios de la época concuerdan en afirmar que la Condesa era mujer de una belleza singular. Desde 1745 estaba casada, pero nada sabemos de su marido hasta que éste murió en 1764, cuando ya Mme. de Boufflers llevaba varios años en relación con Louis François de Bourbon, Príncipe de Conti, de quien había llegado a ser principal amante y consejera.*

Cuando Hume la vio por primera vez en el otoño de 1763, Mme. de Boufflers tenía treinta y nueve años, aparentaba diez menos y podía rivalizar en hermosura con una muchacha de veinte. Además de sus gracias físicas, poseía una amplia cultura literaria y fina curiosidad intelectual. Es difícil saber cuál fue el carácter preciso de las relaciones que mantuvo Hume con la Condesa durante su estancia en París. Que entre ambos llegó a haber bastante más que una cortés, platónica y desapasionada amistad, parece hecho indudable. Es claro, según se desprende del contenido de algunas cartas, que Mme. de Boufflers trató de provocar en Hume sentimientos más profundos de los que cabría esperar de una amistad estrictamente literaria, y que Hume los experimentó con intensidad. Ya cincuentón por aquel entonces, el buen filósofo estuvo a punto de perder la cabeza por aquella mujer. Vistas las cosas desde su perspectiva, el «affaire» venía a satisfacer su vanidad de hombre de mundo que al fin podía codearse con los grandes y disfrutar de sus más íntimos favores. Sin embargo, Hume sabía bien que aquel camino lo apartaba considerablemente de su misión como pensador y estudioso, lo que producía en él la aprensión y el miedo naturales. En 1764, la complicada

situación llegó a su límite. Hume estuvo a punto de rendirse a los requerimientos de Mme. de Boufflers y pensó seriamente en establecerse en Francia de modo definitivo para vivir a su lado.

Un episodio imprevisto vendría a cambiar el curso de los acontecimientos: al morir el Conde de Boufflers, las muestras de entusiasmo que la Condesa había manifestado para con Hume se enfriaron notablemente. Todo su interés pareció cifrarse entonces en contraer matrimonio con el Príncipe de Conti, su amante de antaño, relegando a Hume a un puesto secundario, y hasta utilizándolo como intermediario para lograr unos propósitos de boda principesca que, para desengaño de la Condesa, jamás llegaron a realizarse.

Hume, disipado en parte el espejismo, regresó a su país, celoso de conservar su libertad. Pero jamás llegó a olvidar por completo aquella absorbente relación que tanto había significado en su vida. Con posterioridad a la separación, hubo entre el filósofo y Mme. de Boufflers planes vagos de volver a verse. Pero no lo harían nunca.

El Príncipe de Conti falleció en 1776, y con él las aspiraciones de la Condesa. Hume también moriría ese mismo año. Hasta entonces, se mantuvo el intercambio epistolar entre él y Mme. de Boufflers. La última carta enviada a la Condesa fue escrita por un Hume agonizante y sereno, como postrero y afectuoso adiós.

Es seguro que Hume, al recibir desde Francia los iniciales, inesperados elogios de dama tan distinguida, se sintió profundamente halagado en su alma de escritor. La carta primera de la Condesa contenía expresiones capaces de conmover la sensibilidad del autor más impasible y autoexigente: «Hace mucho tiempo», comienza, «que combaten dentro de mí dos sentimientos contrarios. La admiración que me causa vuestra sublime obra, y la estima que ella me inspira por vuestra persona, vuestros talentos y vuestra virtud, han hecho que a menudo naciera en mí el deseo de escribiros para expresaros los sentimientos por los que estoy tan profundamente penetrada […]. La claridad, la majestad, la conmovedora sencillez de vuestro estilo, me embelesan. Sus bellezas son tan impresionantes, que a pesar de mi ignorancia acerca de la lengua inglesa, no han podido escapárseme […]. Por otra parte, considerando que soy para vos una desconocida, el poco valor que pueda tener mi opinión, junto con la reserva y oscuridad que corresponden a mi sexo, temo ser acusada de presunción dándome a conocer, para desventaja mía, a un hombre cuya buena opinión acerca de mí yo consideraría siempre como el bien más halagador y más precioso […]. Sois, señor, un pintor

admirable. Vuestros cuadros tienen una gracia, una naturalidad y una energía que van más allá de lo imaginable. ¿Qué expresiones emplearía yo para daros a conocer el efecto que ha tenido en mí vuestra divina imparcialidad? […] Me atrevo a añadir que en todo lo que sale de vuestra pluma os mostráis como un perfecto filósofo, un hombre de Estado, un historiador lleno de genio y un verdadero patriota […]». (Greig II, Apéndice E).

La contestación de Hume:

[A la Condesa de Boufflers]
Edimburgo, 15 de mayo, 1761 [Greig I, 184]

Señora:

No le será fácil a Vuestra Señoría imaginar el placer que recibí de la carta con la que tan inesperadamente me honrasteis, ni las agradables fantasías de vanidad por las que me dejé invadir con ocasión de dicha carta. Llegué a la conclusión, con absoluta certeza, de que una persona que podía escribir tan bien, tenía que ser buen juez a la hora de dictaminar acerca de la escritura de otros; y que un autor capaz de complacer a una dama tan distinguida como vos, educada en la Corte de Francia y familiarizada con todo lo que es elegante y cortés, podía aspirar razonablemente a poseer un cierto grado de mérito, y le estaba permitido albergar la idea de haber destacado sobre los historiadores del montón. Pero, Señora, es justo que yo, que he pretendido en obra tan larga hacer justicia a todos los partidos y a todas las personas, también me la haga a mí mismo. Y no debería alimentar mi vanidad con quimeras que, como veo en momentos de más calma, no pueden tener un fundamento racional. Cuando tuve el placer de pasar algún tiempo en Francia, tuve la agradable experiencia de la amable hospitalidad por la que vuestro país se distingue; y ahora descubro que esa misma disposición favorable se ha manifestado en el juicio de Vuestra Señoría acerca de mis escritos. Quizá, vuestra estima por la total imparcialidad que me he propuesto y que, para decir la verdad, es tan poco frecuente entre los historiadores ingleses, ha hecho a Vuestra Señoría pasar por alto muchos defectos en los que he incurrido por falta de arte o de genio.

En un punto particular, Señora, debo admitir que me veo inclinado a aceptar vuestros elogios en toda su extensión. Y espero no haberme quedado muy por debajo de mis intenciones. El espíritu de facción, tanto de un lado como de otro, que prevalece en este país y que es un compañero natural de la

libertad civil, todo lo lleva al extremo; y tengo la satisfacción de descubrir que mi trabajo ha disgustado alternativamente a ambos partidos. La verdad es que no hubiera sido razonable que yo esperase complacer a los dos. Tal resultado sería imposible, debido a la naturaleza misma de las cosas; y después de la aprobación de Vuestra Señoría, la cual, como persona extranjera, tiene que ser necesariamente una juez sincera, siempre consideraré la ira de ambos partidos como garantía segura de [mi] imparcialidad.

Como veo que os agrada emplear vuestras horas de asueto en la lectura de libros de historia, me atrevo a recomendar a Vuestra Señoría una obra reciente de este género, escrita por mi amigo y paisano el Dr. Robertson, la cual ha recibido la más alta aprobación de todos los jueces más distinguidos. Es la *Historia de Escocia* durante la época de la desdichada Reina María [Estuardo], y está escrita de un modo elegante, agradable e interesante; mucho mejor, me atrevería a decir, que cualquier otra obra de esa clase que ha aparecido en inglés. Los defectos de esa Princesa no se ocultan, pero su catástrofe singular es mostrada como algo verdaderamente lamentable y trágico. Y el lector no puede evitar verter lágrimas por el destino de aquella mujer, al mismo tiempo que censura su conducta. Hay pocas obras históricas en las que tanto el contenido como la forma de expresión resulten tan logrados.

Parece que esta deplorable guerra[1] entre nuestros dos países está llegando a su fin, y que el trato entre ellos se restablecerá pronto. Si suceso tan feliz tiene lugar, albergo esperanzas de que mis asuntos me permitan hacer un viaje a París; y el amable ofrecimiento que usted se complace en hacerme, de permitirme presentarle a usted mis respetos, será un nuevo y muy poderoso incentivo que me hará poner por obra mi propósito cuanto antes.

Pero advierto a su Señoría que en muchas cosas necesitaré de su indulgencia. Pasé algunos años en Francia durante mi primera juventud, pero viví en una ciudad de provincias donde disfruté de las ventajas de la tranquilidad y el ocio necesarios para el estudio, y de la oportunidad de aprender el idioma. Lo que había aprendido imperfectamente, y el no haberlo usado por largo tiempo, han hecho —siento deciros— que lo haya olvidado; entre libros y estudio he ido perdiendo la práctica. He tenido poco contacto con la vida activa y no he entrado mucho en los escenarios placenteros de la vida; y estoy más acostumbrado a tratar con grupos reducidos que con grandes aglomeraciones.

Pero todas estas grandes desventajas, y otras mucho mayores, serán abundantemente compensadas por el honor de estar bajo la protección de

Vuestra Señoría; y espero, aun teniendo conciencia de cuán grandes son los favores que me ofrecéis, no ser totalmente indigno de ellos[…].

Recibida esta carta, Mme. de Boufflers volvió a escribir al filósofo desde París, asegurándole que sus elogios eran sinceros y que no habían sido pronunciados por mera cortesía, y ofreciéndole una vez más acomodo en Francia el día en que el filósofo pudiese realizar su proyectado viaje. En el otoño de 1763, invitado por Lord Hertford a unirse a su Embajada, tuvo Hume por fin la oportunidad de visitar París. En vísperas de su partida, se dirige desde Londres a la Condesa en estos términos:

[A la Condesa de Boufflers]
Londres, 22 de septiembre, 1763 [Greig I, 216]

Señora:

Creo que debo estarle sumamente agradecido a Lord Hertford, entre otras muchas cosas, por haberme sacado de un estado de indolencia y pereza que yo dignifiqué falsamente con el nombre de filosofía. Pues, para decir la verdad, este letargo se estaba apoderando de mí con tanta fuerza, que al principio rechacé la oferta que su Excelencia me hizo de acompañarle en su Embajada a Francia, a pesar de que esa invitación era honorable y ventajosa para mí, y provenía del noble más amable de la Corte de Inglaterra. Pero ahora, después que sus repetidos ruegos me han introducido otra vez en el mundo, me doy cuenta de que es mejor para un hombre el que éste permanezca mezclado con la sociedad; y me agrada en particular el prospecto de estar en un escenario de vida que me pondrá cerca de Vuestra Señoría y me dará la oportunidad de cultivar la amistad de persona tan estimada y tan universalmente celebrada. Os advierto ahora, Señora, que vuestras declaraciones a favor mío han sido tan frecuentes y tan públicas, tanto en Francia como en Inglaterra, que estáis obligada a mantenerlas; y que cuando nos conozcamos personalmente, no podréis retractaros gentilmente de todas las cosas buenas que os habéis complacido en decir de mí. Sólo hay una circunstancia que podría excusar vuestro disgusto para conmigo: que yo no tuviera para con vos la consideración y el afecto suficientes; pues una conducta así mostraría que no soy hombre con el que haya que tener obligaciones[…].

A mediados de octubre llegó Hume a París. Mme. de Boufflers, enferma de rubéola en esos días, no pudo recibirlo. Por mano de una Miss Becquet le

escribió desde su residencia campestre una nota en inglés excusándose por «no ser la primera persona del Reino en presentar los debidos respetos a hombre tan ilustre» (Greig I, p. 406 n.). La cortés respuesta de Hume no se hizo esperar:

[A la Condesa de Boufflers]
París, 19 de octubre, 1763 [Greig I, 221]

Señora:

Sentí mucho recibir la carta con la que Vuestra Señoría tuvo a bien honrarme. Vuestra Señoría era la primera persona a quien me había propuesto ofrecer mis respetos en París; por algún tiempo me sentí defraudado al no ver realizarse prospecto tan halagador, pero me vi aún más afligido por la mala salud que os ha retenido en el campo.

Tuve, sin embargo, el placer de conocer poco después a vuestro buen amigo M. Dusson[2], quien me aseguró que en ningún momento habíais estado en peligro y que ahora os encontrabais en francas vías de recuperación. Pero ambos estuvimos de acuerdo en que las consecuencias de vuestra enfermedad pueden a veces ser molestas, y se requiere cuidado y atención para prevenirlas. Y a fin de recomendaros esa atención, me he permitido molestaros con la presente carta.

Apenas cuento con dos días de experiencia en esta ciudad, pero tengo ya gran motivo para alabar la cortesía y hospitalidad por las que es tan famosa. Quizá un modo más tranquilo de pasar por la vida se avendría mejor con mis hábitos y con mi estado de ánimo; pero es imposible no estar agradecido a las personas que han mostrado tan gran deseo de agradar y de hacer que se sienta uno a gusto.

Con la mayor consideración, Señora, vuestro más obediente y humilde servidor,

D. H.

Cuando Hume y la Condesa lograron por fin verse y establecer un trato personal, es claro que entre ambos tuvo lugar una fuerte atracción. En carta de 6 de julio de 1764, estando el filósofo todavía en Francia, Mme. de Boufflers —que era, repitámoslo, mujer casada y, además, amante del Príncipe de Conti— empleó los términos más afectuosos para expresar su apego y admiración por Hume, ponderando su «rectitud» y «bondad de

corazón» y dando cuenta del dolor que producía en ella el pensamiento de que algún día tuviese fin aquella relación. Las palabras finales de carta tan entrañable —«Je vous aime de tout mon coeur»— (Greig II, Apéndice E) no dejaron de tener inmediato efecto. Halagado por la declaración, y temeroso de caer en las redes de un idilio que, a pesar de satisfacer su orgullo de varón, lo apartaba de su destino de hombre de letras, Hume respondió a las efusiones de la Condesa con conmovedora y sutil sinceridad, exponiendo todas sus reservas y recelos, pero sin renunciar del todo a la posibilidad de entregarse a ella por entero:

[A la Condesa de Boufflers]
Compiègne, 14 de julio, 1764 [Greig I, 244]

Me atreveré a decir, mi querida Señora, que ninguna carta de las que me habéis escrito me ha causado mayor satisfacción que ésta en la que indicáis vuestro favor hacia mí. ¡Qué placer recibir testimonios y promesas de buena voluntad de una persona a quien valoramos altamente y cuyos sentimientos son de tanta importancia para nosotros! No podríais haber realizado acción más caritativa que hablarme en términos tan amistosos. Me habéis procurado material suficiente para que yo me goce en él durante mucho tiempo; y espero poder hacer frente de ahora en adelante a pensamientos de desconfianza y de celos cuando éstos vuelvan a asaltarme. Confieso avergonzado que soy demasiado susceptible de ese sentimiento, incluso en la amistad. Nunca dudo de la probidad o del honor de un amigo; pero sí dudo con frecuencia de su afecto por mí, algunas veces —como he descubierto más tarde— sin razón. Si tal era mi disposición incluso en los años de juventud, imaginaréis que ahora, cuando he llegado a una etapa de la vida en la que menos debo esperar agradar, esté más expuesto a que me invada la sospecha. El sentido común requiere que me aparte de toda vinculación sentimental que pueda implicar apasionamiento. Y sería, ciertamente, el colmo de la locura, el que yo me pusiese a merced de una persona cuya situación parece estar calculada para inspirar duda y que, sin apenas poder disponer de sí misma, no fuese capaz, incluso queriéndolo, de encontrar remedios que pudieran aplacar ese atormentador sentimiento[3].

Si alguna vez llegara yo a conocer en el futuro (pues, desde luego, no conozco a nadie así en el momento presente[4]) a una persona que estuviera dotada de gracias y encantos indecibles, cuyo carácter e inteligencia fuesen objeto de tanta estima como su persona lo es de ternura, yo debería huir de su

compañía para evitar toda relación con ella, incluso la que pudiera recibir el nombre de simple amistad, y tratar de olvidarla cuanto antes. No sé si sería prudente siquiera decirle adiós; sin duda resultaría sobremanera imprudente recibir de ella testimonios de amistad y consideración. Mas ¿quién, en una situación así, podría tener la determinación de rechazarlos? ¿Quién no apuraría el veneno con gozo y satisfacción?

Pero dejemos, mi querida Señora, esas suposiciones imaginarias y volvamos a nuestros verdaderos yos. Mucho me complace que vuestro tiempo libre os permita regresar a vuestra antigua ocupación de leer, y que vuestra afición por la lectura permanezca inalterada. Frecuentemente me he encontrado a lo largo de mi existencia con interrupciones ocasionadas por el negocio y la disipación; y sin embargo siempre he vuelto con gusto a mi cuarto de estudio. No preveo otro modo de aligerar las cargas de la vejez, como no sea disfrutando de estos placeres; y si algunas veces me uno al quimérico proyecto de relajar la severidad del estudio mediante la compañía de una persona que me sea querida y que tenga indulgencia para conmigo, pronto me doy cuenta de que eso es sólo un sueño agradable en el que no puedo depositar mi confianza. Mi único consuelo es que soy una persona tan libre como el aire que respiramos, y que yo podría fijar mi residencia dondequiera tal bendición se presentara.

Me decís que, aunque todavía estáis expuesta a ataques de melancolía, se trata de una melancolía benigna, de la que no quisierais desprenderos. No voy a atreverme a decir cuáles son mis conjeturas […]. Pero es imposible que mis pensamientos no vuelvan sobre un asunto en el que estoy tan profundamente interesado. Si hay algunos obstáculos que impiden vuestra felicidad, quisiera que fuesen de los que pueden eliminarse y que admitieran un remedio diferente del que vos mencionáis algunas veces[5] y sobre el que no puedo pensar sin aterrorizarme. Siento, al pensar en ello en este instante, como si me dieran una puñalada en el corazón; y una lágrima se me viene a los ojos cuando lo recuerdo[…].

Permitidme, querida Señora, antes de que me despida (pues es necesario acabar), que os pregunte si a mediados de agosto vendréis a París y os quedaréis allí por algún tiempo. No hago esta pregunta por mera curiosidad. Me gustaría disfrutar de vuestra compañía antes de que vuelva el invierno y hayamos de regresar a nuestras anteriores ocupaciones.

Otras cartas de Hume escritas por esas mismas fechas continúan expresando admiración y entusiasmo por la Condesa. Pero es también

apreciable en ellas una complacencia puramente literaria en el juego epistolar, y la sospecha de que tarde o temprano aquella aventura habría de tener fin. Escribe así Hume, por ejemplo, a Mme. de Boufflers en contestación a una carta suya fechada el 21 de julio, en la que ella vuelve a ofrecerle su sincera amistad y le pide que no albergue sentimientos de celos:

[A la Condesa de Boufflers]
Compiègne, 29 de julio, 1764 [Greig I, 246]

Teníais buena razón, querida Señora, para decir que vuestra carta me complacería; pues, ciertamente, nunca he tenido sentimiento más intenso que el que recibí de ella. ¡Qué amables, qué espontáneas, qué naturales expresiones de buena voluntad y de amistad! Sólo podría ser yo merecedor de ellas por causa de mi sincero afecto por vos; y si eso me da derecho, me lo apropio por entero. Sin embargo, me siento incómodo (os estaréis preguntando qué razones tengo ahora para quejarme); me siento incómodo porque, a pesar de todo lo que podáis decir, no debería yo pensar que en el futuro pasaré mucho tiempo con vos. Nuestros contactos y los cursos de nuestras vidas nos llevan por caminos muy diferentes; pero mi consuelo es que [los cursos de nuestras vidas] pueden alterarse, y que mi estima por vos es inalterable. Me aferro a la creencia de que también es éste el caso en lo que respecta a vuestra indulgencia para conmigo.

[…] Beso vuestras manos, mi querida, mi amable amiga, con la mayor devoción y el más sincero afecto. Entre los innumerables favores que os debo, está el de que me habéis salvado de padecer una gran indiferencia hacia todas las cosas de la vida. Estaba yo cayendo rápidamente en ese estado anímico que es quizá peor que las inquietudes producidas por la más desdichada pasión[…].

Y otro ejemplo más de entrega, en respuesta a una nota de la Condesa en la que ésta, enfadada, se quejaba de la frialdad de Hume por recibir de él una carta de «sólo dos hojas»:

[A la Condesa de Boufflers]
[3, 4 o 5 de agosto, 1764] [Greig I, 247]

Nunca podría acusarme a mí mismo de hipocresía o disimulo, y hubiera sido ciertamente culpable de ambos vicios en el más alto grado, si os hubiera escrito alguna carta que comportara algún signo de indiferencia. Lo que *dije* en particular no puedo recordarlo por completo; pero sí recuerdo, en líneas generales, lo que *sentí*, y ello fue un gran afecto y apego por vos, no aumentado (pues ello apenas sería posible), aunque sí todavía más agradable para mí, por las señas que me dabais de vuestra amistad y confianza. Me adhiero con devoción a ellas; nunca, como no sea con mi vida, dejaré que se me aparte del asidero que os habéis complacido en procurarme. Podréis cortarme en pedazos, miembro a miembro; pero como esos pertinaces animales de mi país, expiraré estando todavía aferrado a vos, y en vano trataréis de liberaros de mí. Por esta razón, Señora, me dispongo a hacer frente a todas esas amenazas que oblicuamente dirigís contra mí. ¿De verdad pensáis que en el momento presente está de vuestra mano determinar si yo seré vuestro amigo? En cualquier otra cosa, vuestra autoridad sobre mí no tiene límites. Pero por mucho que os las ingeniéis, no encontraréis el modo de maltratarme lo suficiente como para que yo no pueda soportarlo; y al final os veréis obligada, ya sea por compasión, o por generosidad, o por amistad, a volver a tomarme a vuestro servicio. Por lo menos, tal será probablemente el caso hasta que encontréis a uno que os ame más sinceramente y os tenga en más alta estima, cosa que, a pesar de todos vuestros méritos, no creo que os resulte fácil lograr. Sé que os estoy proporcionando armas que podríais utilizar contra mí; podríais veros tentada a tiranizarme para ver hasta qué límite puedo practicar mi doctrina de obediencia pasiva. Mas también espero que mantengáis el siguiente soliloquio:

«Ya veo que este pobre tipo está dispuesto a no dejarme nunca; me compadeceré de él y procuraré hacer que nuestro trato sea, en lo posible, lo más agradable para él y lo menos oneroso para mí».

Si dais, Señora, en este modo de pensar —como sin duda llegaréis a hacer —, no pido más. Y todas vuestras amenazas se desvanecerán como el humo.

¡Dios mío, cuánto he descendido de aquellos aires que yo me daba al principio! Recordaréis que, después de conoceros *personalmente*, os dije que estabais obligada a *soutenir la gageure* [*mantener la postura*] y que no podíais, sin faltar al decoro, encontrar fallos en mí, cualquiera que fuese el modo de comportamiento que yo estimara apropiado. Ahora me arrojo a vuestras plantas y no os doy otra cosa que señales de paciencia y sumisión. Pero confieso que las cosas están ahora en el lugar que mejor les corresponde y que así permanecerán por largo tiempo[…]

¿Podéis tratarme con desprecio porque quiero ser esclavo? Dejadme que os diga que hay en vuestra carta una expresión en contra de la esclavitud, que creo está dicha contra mí. Aun así, sigo manteniendo que

> Nunquam libertas gratior extat
> Quam sub rege pio
> [Nunca la libertad se muestra más graciosamente
> que bajo un rey justo y virtuoso]

Os ruego que vayáis a vuestro diccionario de latín para interpretar este pasaje[6]. Vereis que la palabra *regina* [*reina*], si cupiese en la medida del verso, se avendría mejor con el sentido.

[…] Estaré en París el día 11 o el día 12 de este mes, sobre poco más o menos. Buscaré la oportunidad y trataré de hacer lo posible por no dejar de presentaros mis respetos. […] No sé por qué no recibí vuestra carta hasta ayer. No voy a comenzar una nueva hoja, no sea que me vea tentado a daros ocho páginas. *Adieu, adieu*.

Hume, no sin sufrimiento, se iría liberando poco a poco de aquella infatuación. Tras dudarlo seriamente, regresó a Inglaterra al terminar sus compromisos como Secretario de Embajada al servicio de Lord Hertford. Con ánimo gradualmente más sereno, aunque sin descartar en un principio la posibilidad de volver a la Condesa, continuó manteniendo contacto epistolar con ella. Mme. de Boufflers enviudó casi inmediatamente después de que Hume saliera de Francia, y se sumergió en un mar de intrigas cortesanas para dar remate feliz, sin lograrlo, a sus ambiciones de boda con el Príncipe de Conti. Traduzco algunas cartas que reflejan el curso último de aquella relación entre Hume y la mujer que más significó en su vida:

> [A la Condesa de Boufflers]
> Lisie Street, Leicester Fields, 3 de abril, 1776 [Grig II, 317]

Me es imposible, querida Señora, expresar la dificultad que tengo en soportar vuestra ausencia, y echo constantemente de menos vuestra compañía. Desde hacía tiempo me había acostumbrado a pensar en vos como en una amiga de la que no iba a separarme durante un considerable período de tiempo; y hasta había llegado a complacerme en el pensamiento de que éramos particularmente compatibles y que podíamos pasar juntos nuestras vidas, en intimidad y cordialidad. La edad y una natural ecuanimidad de temperamento amenazaban con reducir mi corazón a un estado de excesiva indiferencia hacia todo; fui reanimado por los encantos de vuestra

conversación y por la vivacidad de vuestro carácter. Vuestra alma, más agitada por las desafortunadas circunstancias de vuestra situación y por vuestra disposición natural, podía encontrar reposo en la simpatía, más serena, que descubristeis en mí. Y ahora, ¡hétenos aquí! Tres meses han pasado desde que os dejé, y me es imposible señalar cuándo habrá momento en que pueda esperar reunirme de nuevo con vos. Lord Hertford me ha escrito diciéndome que espera dejar Irlanda dentro de unas semanas y que confía en encontrarme en Londres. Sé que se había propuesto estar en Francia este verano, y querrá que yo retrase mi viaje para que podamos ir juntos. Todavía sigo con el deseo de no haber dejado París y de haberme quedado allí, al margen de toda obligación excepto la que me era más dulce y agradable: cultivar vuestra amistad y disfrutar de vuestra compañía[…].

[A la Condesa de Boufflers]
Londres, 23 de diciembre, 1768 [Greig II, 423]

De algún modo me avergüenzo, mi querida Señora, y más me duelo de verme obligado a dirigirme a vos por carta, en lugar de disfrutar de vuestra conversación, como pensé que iba a poder hacerlo el otoño pasado. Mi proyectado viaje fue retrasándose un día y otro, debido a diferentes razones. Cada una de ellas fue presentándose en su momento como algo sólido e invencible; pero me sería imposible explicarlas todas. Lo cierto es que tengo y he tenido siempre una prodigiosa desgana a la hora de cambiar mi lugar de residencia; y aunque esta disposición fue más que compensada por el deseo de disfrutar de vuestra compañía, logró, sin embargo, que yo me rindiera más fácilmente a los obstáculos que se oponían a mi viaje. Por esta razón nada diré acerca de mis planes futuros, a fin de no volver a exponerme a ser reprochado por indecisión, caso de no cumplirlos. Con todo, debo admitir que por mucho tiempo he sentido el más fuerte deseo de saber de vos […]. Hubo aquí el rumor, recogido en los periódicos, de que yo iba a regresar a Francia con el mismo cargo que había tenido la vez anterior [Secretario de Embajada], Pero esa noticia jamás tuvo el menor fundamento. La verdad es que yo preferiría haceros una visita voluntaria, antes que hacerlo con carácter oficial, si bien el cariz que presentan aquí las cosas es tan extraño y melancólico, que le hace a uno pensar en abandonar el país, sea como sea. La licenciosidad, o, por mejor decirlo, el frenesí de la libertad se ha apoderado de nosotros y todo lo arroja en la confusión. ¡Con cuánta alegría veo que en todos mis escritos me he mantenido a una prudente distancia de ese extremo tentador, y he defendido,

como corresponde al carácter de un historiador y de un filósofo, que hay que prestar el debido respeto a la magistratura y al gobierno establecido! Estimo que es por eso por lo que mi autoridad crece día a día; y, en verdad, no tengo razones para quejarme del público, aunque vuestra parcialidad a mi favor me hizo pensar al principio que debía quejarme. Añádase a esto el hecho de que la generosidad del Rey me pone en situación sobremanera opulenta. Debo, sin embargo, esperar que, si tuviese lugar alguna convulsión pública de magnitud, mis empleos cesarían y quedaría yo reducido a mis propias rentas. Mas éstas serían suficientes para un hombre de letras que, ciertamente, necesita para su entretenimiento y reputación menos dinero que otra gente[…].

[A la Condesa de Boufflers]
Edimburgo, 25 de enero, 1772 [Greig II, 466]

Verdaderamente, querida Señora, estoy avergonzado porque no me habéis dejado que fuese yo quien rompiese nuestro largo silencio […]. Estaba resuelto a haberos escrito a principios de año, y renovado mi profesión de auténtico e inalterable afecto por vos. Cuando estuve en Londres tuve ocasión constante de oír noticias de París, y en particular las referentes a vos; e incluso después de haberme establecido aquí, nunca he visto a una persona que viniera de vuestra parte del mundo, a quien no preguntase por vos. La última persona con quien tuve la satisfacción de hablar de vos fue Mr. Duten[7]. Pero había muchas circunstancias de vuestra situación que excitaban mi ansiedad y de las que nadie, excepto vos misma, podía darme información. […] Yo, por mi parte, me he retirado total y finalmente del mundo, con la resolución de no volver a aparecer jamás en escena. Este propósito surgió en mí, no por descontento, sino por saciedad. Ahora no tengo más propósito que

Sit down and think, and die in peace
[Sentarme a pensar, y morir en paz]

¿Qué otro proyecto podría albergar un hombre de mi edad? Veo que, felizmente, vuelve a mí, después de una larga interrupción, el deseo de leer, incluso con más avidez que antes. Pero me guardo muy mucho de caer en la tentación de escribir más; y aunque me han animado mucho a continuar mi *Historia [de Gran Bretaña]*, estoy resuelto a no volver nunca a exponerme a la censura de los apasionados lectores partidistas que tanto abundan en este país. Hay aquí algunas gentes con las que tengo de sobra para conversar; su

compañía, junto con mis libros, me llenan el tiempo lo suficiente y no me dejan hueco para más. Y últimamente he añadido el entretenimiento de la construcción[8], que me ha ocupado bastante.

Escucho atento las esperanzas que me dais de veros una vez más antes de mi muerte […]. Sólo deseo tener noticias de vuestro viaje [a Londres] en cuanto tengáis hechos los preparativos, y con tanta antelación como sea posible[…].

[A la Condesa de Boufflers]
Edimburgo, 17 de abril, 1775 [Greig II, 505]

[…] Os equivocáis, mi querida Señora. Tengo la edad suficiente para sentir la declinación de la vida; y esa declinación la siento en mí de manera notable, aunque siempre he sido, y todavía lo soy, muy moderado en mi manera de vivir. Los únicos excesos de los que he sido culpable han sido los del estudio; e incluso éstos fueron moderados, pues siempre he cuidado mucho mi salud mediante el ejercicio. Reconozco que este país no me agrada del todo, particularmente el clima. Algunas veces tengo la idea de volver a Francia; pero como no podría, a mis años, tolerar el tumulto de París (y todas las ciudades de Provincias me son desconocidas), probablemente nunca pondré esa idea por obra.

Hacéis que se me agucen los oídos y que preste especial atención cuando habláis de venir a Inglaterra. Os ruego que me informéis con tiempo. Trataría de reunirme con vos allí, lo cual sería mucho mejor que el que emprendierais un viaje a lugar tan remoto del mundo [Edimburgo], donde apenas si habrá algo merecedor de vuestra curiosidad[…].

Y por fin, un año después, la carta postrera de Hume a la Condesa, dándole cortesmente el pésame por el fallecimiento, el día 2 de agosto, del Príncipe de Conti, y cuando ya el filósofo estaba en su lecho de muerte:

[A la Condesa de Boufflers]
Edimburgo, 20 de agosto, 1776 [Greig II, 539]

Aunque estoy a unas pocas semanas, quizá sólo a unos pocos días de mi muerte, mi querida Señora, no pude evitar ser afectado por la muerte del Príncipe de Conti, tan grande pérdida en todos los respectos. Mis reflexiones me llevaron a pensar en vuestra situación en este melancólico incidente. ¡Qué

diferencia para vos en lo que se refiere a vuestro entero plan de vida! Por favor, escribidme contándome algunos pormenores, pero en términos tales que no tuvierais que preocuparos si vuestra carta, caso de que yo muriera, cayese en otras manos.

Mi enfermedad es una diarrea o desorden en los intestinos, que me ha venido minando poco a poco durante dos años, pero que en estos últimos seis meses me ha llevado con visible celeridad a mi fin[9]. Sin ansiedad ni pesar, veo cómo la muerte se acerca gradualmente. Por última vez, os saludo con gran afecto y consideración.

David Hume.

DAVID HUME (Edimburgo, 7 de mayo de 1711-Edimburgo, 25 de agosto de 1776). Filósofo, historiador, economista y ensayista escocés.

Obras: *Tratado sobre la naturaleza humana: Un intento de introducir el método de razonamiento experimental en las cuestiones morales*, (1739–1740); *Resumen de un libro* recientemente publicado: Titulado Tratado sobre la naturaleza humana (1740); *Ensayos sobre moral y política* (primera edición: 1741-1742); *Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*: Edimburgo (1745); *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748); *Investigación sobre los principios de la moral* (1751); *Discursos políticos Edimburgo* (1752); *Cuatro disertaciones: Historia natural de la religión. De las pasiones. De la tragedia. Del criterio del gusto Londres* (1757); *Historia de Inglaterra* (1754-1762); *Historia natural de la religión* (1757); *Mi vida* (1776); *Diálogos sobre la religión natural* (1779).

CARLOS MELLIZO CUADRADO (Madrid, España 2 de octubre de 1942-Laramie (Wyoming) Estados Unidos, 12 de febrero de 2019). Traductor y docente español.

Catedrático de Literatura Española y de Filosofía en la Universidad de Wyoming (Estados Unidos), publicó numerosos trabajos de crítica filosófica y tradujo al castellano obras de diversos clásicos del pensamiento en lengua inglesa.

Notas

Introducción

[1] Véase E. C. Mossner: «Hume's Epistle to Dr. Arbuthnot, 1734. The Biographical Significance», *Hungtinton Library Quarterly*, Vol. VII. <<

Escritos epistolares 3

[1] Cuna del filósofo y lugar de residencia de la familia Hume, en las cercanías de Edimburgo. <<

Escritos epistolares 6

[2] Biblioteca principal de Edimburgo, de la que Hume sería nombrado Director un año después de ser escrita esta carta. <<

Escritos epistolares 8

[3] Josiah Tucker (1712-99). Economista. Probablemente el trabajo a que Hume se refiere es *Elementos de Cambio y Teoría de Impuestos* (1755). <<

[4] Hume se refiere a los *Discursos Políticos* publicados en 1752. El nuevo «discurso» apareció por primera vez a finales de 1759 con el título *Of the Jealousy of Trade* [*Sobre la envidia comercial*]. <<

Escritos epistolares 10

[5] Pierre Nicole (1625-1695), autor de *Perpetuité de la Foi*, 4 vols, 1669. <<

[6] Jean Claude (1619-1687). Teólogo protestante, autor de una *Réponse aux deux traités titulés: La Perpetuité de la Foi de l'Eglise Catolique* […] (1665). <<

Escritos epistolares 11

[7] Soltero hasta el fin de sus días, Hume no tuvo descendencia propia. Se habla de un posible hijo natural suyo que, en cualquier caso, no obtuvo el reconocimiento paterno. Se explica así la atención dispensada por el filósofo a su sobrino, hermanos y demás parientes. <<

Escritos epistolares 12

[8] Este CHEVALIER RAMSAY (1868-1743) es personaje diferente del destinatario de la carta. Nació en Ayrshire, Escocia, pero dedicó su vida académica al estudio de la cultura francesa. Se convirtió al catolicismo y fue discípulo de Fénelon, de quien escribió una biografía. No valoró en mucho la filosofía de Hume. <<

Escritos epistolares 13

[9] Tutor del destinatario de esta carta. Ordenado en 1736, fue catedrático en Glasgow. Además de sus Sermones, escribió una biografía de Francis Hutcheson. <<

[10] Aquí inserta Hume una lista detallada de puntos de estilo que, en su opinión, deberían ser corregidos en el escrito de Leechman. <<

Apéndice 1

[1] De hecho nunca lo fue. Lo más probable es que Rousseau tampoco llegara a escribirla. <<

[2] Cit. Por Mossner, *The life of David Hume*, Oxford, 1973, p. 514. <<

Apéndice 2

[1] Se refiere Hume a la Guerra de los Siete Años, que no concluiría hasta 1763. <<

[2] Conde de Dusson, más tarde Embajador de Francia en Suecia. <<

[3] La persona que acaba de describir Hume es la Condesa misma. <<

[4] Hume está aquí negando retóricamente. Es obvio que continúa refiriéndose a Mme. de Boufflers, como se ve a continuación. <<

[5] Como solución a sus conflictos sentimentales, Mme. de Boufflers había amenazado más de una vez con quitarse la vida. <<

[6] Claudiano, *Stil*. iii. 114f. <<

[7] *Autor de unas Mémoirs d'un voyageur qui se repose*. <<

[8] A fines de 1770, Hume hizo que le construyeran una pequeña casa en el centro de Edimburgo, sólo a una manzana de Princes Street, la calle principal. Supervisar las faenas de construcción fue para él una nueva forma de entretenimiento. Cuenta Mossner que una tarde, cuando Hume se dirigía por un atajo al lugar de las obras, se salió del camino y cayó en medio de unas zarzas, de las cuales no podía liberarse. Una pescadera que por allí pasaba reconoció a Hume y dudó si debería ayudarlo a salir del apuro. —Pero, mi buena mujer —imploró el filósofo—. ¿No enseña la religión que hay que hacer el bien, aunque sea a los enemigos?

—Puede que sí —respondió ella—. Pero no saldréis de ahí hasta que os convirtáis al Cristianismo y recéis el Padrenuestro y el Credo.

Para asombro de la mujer, Hume recitó esas oraciones, con lo cual ella tuvo que cumplir su promesa y ayudarlo a salir de las zarzas. De entonces en adelante Hume solía decir que aquella humilde pescadera de Edimburgo era el mejor teólogo que jamás había conocido (Mossner, 563). <<

[9] Hume murió el 25 de agosto. <<